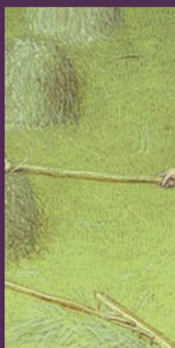


HISTORIA
BREVIS

LA VIDA COTIDIANA EN LA EDAD MEDIA



El paso de
la aldea a la
ciudad

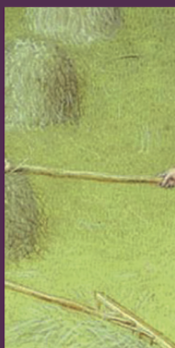
RUBÉN ANDRÉS MARTÍN



Shackleton
— books —

HISTORIA
BREVIS

LA VIDA COTIDIANA EN LA EDAD MEDIA



El paso de
la aldea a la
ciudad

RUBÉN ANDRÉS MARTÍN



Shackleton
— books —

La vida cotidiana en la Edad Media

La vida cotidiana en la Edad Media

El paso de la aldea a la ciudad

Rubén Andrés Martín

Shackleton



— b o o k s —

Primera edición en Shackleton Books: febrero de 2020

La vida cotidiana en la Edad Media

© 2018, Rubén Andrés Martín

© 2020, de esta edición, Shackleton Books, S.L.

Shackleton
— b o o k s —

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño de tripa y maquetación: Kira Riera

Cartografía incluida en los apéndices: Geotec

Composición ebook: Víctor Sabaté (Iglú de libros)

© Ilustraciones: Jordi Dacs (págs. 20, 23, 34, 48-49, 63, 64, 69, 116, 141 y 145 de la edición en papel).

© Fotografías: todas las imágenes son de dominio público a excepción de las de las págs. 121 y 167 (CC BY-SA 3.0). Icons by Icons8

ISBN: 978-84-18139-13-0

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Introducción

Un día de verano de principios del siglo xii, Godofredo de Anjou, un poderoso noble del norte de Francia, colocó una florecita amarilla en su sombrero. Este gesto debió de repetirse con cierta asiduidad, pues de ahí surgió un apelativo, Plantagenet ('planta de genista o retama'), que dio nombre a la dinastía nacida del matrimonio entre Godofredo y Matilda. Sus sucesores, reyes de Inglaterra desde Enrique II, pasando por Ricardo Corazón de León, Juan sin Tierra o Ricardo II, llevaron consigo el apelativo nacido de este gesto tan simple. Si ustedes tienen la oportunidad de observar esta planta, que hoy en día flanquea las carreteras de media Europa en los meses de verano (el momento de su floración), les pido que la huelan. Tiene un aroma intenso pero agradable y sus flores son pequeñas y de un amarillo brillante. Con este gesto, estarán observando lo mismo que observó Godofredo y oliendo lo mismo que este olió. A lo mejor, incluso les entran ganas de colocarse una ramita sobre la oreja para continuar percibiendo el perfume mientras siguen su camino.

De eso trata la historia de la vida cotidiana. De acercarnos a la realidad de las sensaciones, los gestos, lo íntimo, lo cercano y lo familiar de unos seres humanos que vivieron hace ya muchos siglos. Este tipo de historia tiene la facultad de trazar un hilo conductor entre aquellas personas y nosotros que provoca que esos mundos lejanos resulten sensibles, coloridos y casi táctiles.

Dado que no se trata de narrar grandes batallas, acuerdos de paz o concilios de la Iglesia, la Edad Media de la que vamos a hablar en las páginas que siguen es por fuerza difusa y se sitúa en un tiempo que abarca desde el siglo v hasta el xv, aunque nos centraremos, sobre todo, en las cinco últimas centurias. Por ello, tan solo dedicaremos unas pocas páginas a estos menesteres relacionales,

con el objeto de proporcionar un contexto que permita al lector ubicarse en el tiempo y el espacio.

La Edad Media: panorama general

En latín hay una bella palabra, *spolia*, que hace referencia a la utilización de materiales de edificios viejos para construir edificios nuevos. Eso fue, en esencia, la Edad Media. Un tiempo en que con las piedras del mundo antiguo —las del cristianismo y las del islam— se fue construyendo una sociedad lo suficientemente sólida como para resistir una de las más duras y terribles crisis políticas, económicas y demográficas que jamás ha afrontado Europa.

■

¿Por qué la Edad Media es «media»?

Más allá de clichés sobre luz y oscuridad, debemos intentar comprender la causa real de dicha denominación. Esta nace durante el Renacimiento como un intento de reforzar la idea de recuperación del pasado antiguo. Por ello, humanistas fundamentalmente italianos construyeron —es decir, inventaron— la idea de que durante mil años la humanidad había vivido en unas tinieblas de las que la sacaron estos mismos pensadores. Crearon la antítesis de todas aquellas cosas buenas que valoraban en su mundo y las insertaron en un marco temporal que funcionaba como una pausa de barbarie e ignorancia entre dos épocas brillantes de la humanidad: la antigüedad y la modernidad. Esta imagen peyorativa de la Edad Media se ha mantenido, reforzada por los pensadores ilustrados y por los liberales decimonónicos, hasta tiempos muy recientes, en que casi cualquier aspecto negativo de la cotidianidad se vincula con el pasado medieval. Es bien sabido que toda nueva generación intenta resaltar las diferencias con respecto a la generación anterior. Sobra decir que por muy tranquilizadora que pueda resultar esa idea de progreso, tiene mucho de cuento infantil.

■

El punto de partida de este tiempo es intenso y rápido. Comienza con los hunos, jinetes de las estepas, que atravesaron con furor las llanuras asiáticas y golpearon como un martillo las fronteras orientales del Imperio romano. Este impacto generó todo un movimiento de pueblos que, asentados en el oriente del imperio, comienzan a atravesar las fronteras. No pretenden destruir nada, solo quieren establecerse en ese mundo rico, culto y organizado, pues creen que el Imperio romano tal vez pueda protegerlos de los hunos.

Sin embargo, aquel imperio no solo les da la espalda, sino que estos pueblos bárbaros, como se los conocía en el mundo romano, acaban por comprobar en carne propia el nivel de crueldad que podía exhibir Roma. La venganza de las gentes del norte contra la decadente clase política romana se fue fraguando con el tiempo, hasta que, en el año 476, Odoacro, el líder tribal de uno de estos pueblos germánicos, los hérulos, retiró las insignias imperiales al joven emperador Rómulo Augústulo y las envió a Constantinopla para que tomaran buena cuenta en Oriente de la caída del Imperio romano de Occidente. Con este gesto se daba inicio a la Edad Media.

Lo cierto es que, aun sin quererlo, estos germanos cambiaron el mundo para siempre, pues, a partir de su llegada, conformaron nuevas estructuras políticas gestadas en torno a las circunstancias de estos pueblos: un reino de los francos, un reino de los visigodos, uno de los lombardos, un reino de los vándalos, de los anglos, de los jutos, de los sajones. En los siglos que siguen, estos pueblos, junto con las masas de población local, que nunca dejaron de ser la mayoría, comenzaron a caminar. Los empujones y codazos que se daban entre ellos fueron dando forma a fronteras cada vez más definidas y perdurables: los visigodos en la península ibérica, los francos en los territorios de la actual Francia, los lombardos en Italia, anglos y sajones en la actual Inglaterra. Estos pueblos

fusionaron su cultura con la civilización grecolatina y adoptaron el derecho romano y el cristianismo como religión oficial.

Otro hecho de vital importancia para la historia que estamos narrando tiene lugar en una ciudad de la península arábiga, cercana al mar Rojo, La Meca. Allí, según las fuentes islámicas, Mahoma recibe el mensaje de Dios por boca del arcángel Gabriel. A partir de este momento comienza un tiempo nuevo que tendrá su punto de partida en el año 622, en que el profeta y sus seguidores son expulsados por los mecenos y comienza a contar el calendario islámico. Tan solo diez años después, en 632, momento en que fallece Mahoma, la península arábiga ya era en su mayoría musulmana. Los sucesores del profeta, que tomaron el título de califa (que significa específicamente eso, ‘sucesor del profeta’), extendieron en pocos decenios el dominio musulmán desde la península ibérica hasta la India.

Así, en el año 711, tropas musulmanas al mando de Tariq ibn Ziyad desembarcaron junto a una roca a la que se dará su nombre, la «roca de Tariq» o yebel Tariq, que nosotros conocemos como Gibraltar. Tras una fulminante victoria frente a las tropas del rey Rodrigo en la batalla de Guadalete (711), no tardaron en darse cuenta de lo fácil que resultaría seguir avanzando y apoderarse del reino de los visigodos, lo que consiguen con gran rapidez, además de adentrarse en el de los francos, aunque este territorio les resultó más difícil de conquistar. Ya en el año 732, cerca de la localidad de Poitiers, Carlos Martel, mayordomo de palacio del rey de los francos, derrotó a los musulmanes en una batalla decisiva que marcó el inicio del lento retroceso de este pueblo en Europa occidental.

En la península ibérica, la resistencia de los cristianos frente a los invasores había comenzado en 718, tan solo siete años después del desembarco del contingente musulmán, y estuvo protagonizada por un personaje semimítico, Pelayo, del que las fuentes cristianas dicen

que había sido capitán de la guardia del último rey visigodo. Con un pequeño grupo de hombres, había derrotado a las tropas enviadas por el gobernador árabe en su contra en una batalla que se había producido en el año 722, en la cueva de Covadonga. Este hecho marcó el punto de partida para la creación del primer núcleo de resistencia cristiana en la península ibérica, el reino de Asturias.

Algunos decenios después, en tierras al norte de los Pirineos, parecía que el viejo imperio renacía de sus cenizas en la persona de Carlos (descendiente de Carlos Martel), que en la Navidad del año 800 alcanzaría su apogeo con la consagración como emperador, aquel a quien la historia llamaría Carlomagno.

Unos años antes, en 793, comenzó la llamada «era vikinga» con el ataque a un aislado monasterio en el norte de Inglaterra, en la isla de Lindisfarne. Desde este momento y hasta prácticamente el siglo xi, estos «hombres del norte» sacudirán los cimientos de la cristiandad: con sus flexibles embarcaciones, capaces de remontar ríos, esparcieron el terror hasta el corazón mismo de Europa, saquearon aldeas y monasterios, tomaron ciudades, secuestraron a reyes y fueron una de las causas de la extrema fragmentación del poder y del fin del Imperio carolingio. Para colmo de males, además de los piratas nórdicos, los europeos hubieron de sufrir el ataque de piratas sarracenos desde sus bases en el Mediterráneo y de jinetes húngaros que, desde la llanura de Panonia, asolaron con sus correrías hasta tierras de la actual Cataluña. Por ello, Europa se llenó de castillos en los que poder refugiarse cuando las velas de los nórdicos aparecían en el horizonte o la polvareda de los jinetes húngaros tapaba el sol.

Castillos y señores feudales

A falta de un poder central, en cada castillo había un señor capaz de gobernar y defender un pequeño territorio. Estos personajes, los señores, habían recibido de otros señores más poderosos una concesión en tierras y personas denominada «feudo». Como contrapartida, se comprometían a defender y aconsejar a aquel que se las había concedido, además de a proteger a los súbditos que habitaban en aquel territorio e impartir justicia en caso de que tuviesen tal poder. A cambio de los servicios de protección prestados, recibían de los pobladores de su señorío diversas rentas en especie, en moneda o en servicios que redundaban en su beneficio. Toda esta organización social creó una extensa red de pequeñas lealtades que articuló el panorama sociopolítico europeo.

Durante los primeros siglos de la Edad Media, la población europea fue escasa, la agricultura producía bajos rendimientos, las ciudades estaban despobladas y la sociedad era básicamente rural. Dado que no había un poder público eficaz, las viejas rutas comerciales se habían vuelto peligrosas. Tan solo transitaban por ellas solitarios mercaderes, los denominados «pies polvorientos», con pequeñas y valiosas mercancías que podían esconder entre sus ropas si llegaban malhechores.

En torno al año 1000, comenzó una recuperación que vino de la mano de una bonanza climática denominada «óptimo climático medieval». Los tres siglos que siguen vendrán marcados por la expansión demográfica, las ciudades en crecimiento y la roturación de nuevas tierras. En definitiva, una época de cierto optimismo. Es cuando comienza a forjarse la imagen ideal de la Edad Media. Es el tiempo en que nace el gótico, de altas y erizadas catedrales, el amor

cortés, la caballería como ideal de vida noble, Ricardo Corazón de León, Leonor de Aquitania, el Cid, san Luis de Francia, las cruzadas o Saladino.

En el año 1095, el papa Urbano II hizo un llamado en Clermont, Francia. Era necesario recuperar los santos lugares de las manos de los infieles. Miles de caballeros se embarcaron en una sangrienta aventura que llevó a la conquista por parte de los cruzados de Jerusalén y buena parte de los territorios de los actuales Israel, Líbano, Jordania y Siria. En estos territorios y durante cerca de doscientos años (desde la llegada de los cruzados hasta que sean expulsados de Tierra Santa en el año 1291 con la toma de Acre, su último bastión), se sucederán las cruzadas en un intento por recuperar las tierras que, muy al contrario, van perdiendo lentamente. En este enorme movimiento participarán personajes de renombre, como Godofredo de Bouillón, Leonor de Aquitania, Federico Barbarroja, Ricardo Corazón de León o san Luis de Francia en una de las epopeyas más sangrientas y a la vez más fascinantes de la historia del ser humano.

El camino hacia el final de la Edad Media

El siglo xiv empezó mal. Grandes hambrunas asolaron Europa debido al cambio climático que se estaba produciendo. Además, en 1337 se inició un enfrentamiento entre los reyes de Francia e Inglaterra que duró más de cien años y afectó a casi toda Europa. A esto hubo que añadir la severa y profunda crisis dentro de la Iglesia que llevó al conocido «cautiverio de Babilonia», una etapa en la que los papas residieron en la población francesa de Aviñón y que desembocó en el Cisma de Occidente, de tal manera que la cristiandad occidental se vio regida por hasta tres papas a la vez.

Sin embargo, los problemas no acabaron aquí, pues, además de a la inestabilidad política, climática y religiosa, Europa tuvo que enfrentarse a la mayor de las pandemias de que se tiene recuerdo. Denominada como «peste negra», acabó con buena parte de la población europea.

Con todo, la Europa que renació de esta crisis lo hizo fortalecida con nuevo ímpetu. El siglo xv marcó el fin definitivo del aislamiento y la superación de las barreras que separaban al Viejo Continente del resto del mundo. Navegantes portugueses, castellanos e italianos se encargaron de recorrer todos los mares en busca de nuevos productos que vender, nuevas rutas para transitar y nuevos territorios por los que expandirse.

El 29 de mayo de 1453, casi mil años después del destronamiento de Rómulo Augústulo, Mehmet II, líder de otro grupo tribal, los otomanos, pertenecientes al conglomerado turco y también llegados de las estepas asiáticas, tomó la ciudad de Constantinopla tras

varios meses de asedio, al tiempo que el último emperador de la ciudad, Constantino XI, desaparecía en el furor de la batalla. Había caído también el Imperio romano de Oriente.

Unos decenios después, en 1492, con la toma de Granada y el fin del proceso reconquistador, la expulsión de los judíos tras más de un milenio de coexistencia y la llegada de Colón a la isla de Guanahaní, en el Caribe, culminaba el largo tiempo de los medievales.

La vida de las personas en la Edad Media

~ Siglos xi-xv ~

La gente del Medievo vivió en un tiempo en que la religión lo impregnaba todo. Las fuentes de la época nos presentan al ser humano como una criatura de Dios cuya naturaleza, historia y destino están marcados por las palabras del Génesis, en que se afirma que, el sexto día de la creación, Dios hizo al hombre y le otorgó el dominio de la naturaleza. El hombre de la Edad Media, por tanto, se siente señor del mundo natural que utiliza para su sustento. No obstante, es también heredero del pecado y, por tanto, está condenado a sufrir el trabajo, y la mujer, los dolores del parto.



Hay que castigar el cuerpo para salvar el alma, grabado del siglo

que muestra a unos flagelantes mortificándose para superar las tentaciones de la carne.

Durante los primeros siglos del período medieval, el modelo bíblico que mejor encarnó la imagen del hombre fue el de Job, el personaje bíblico del Antiguo Testamento caracterizado por su paciente y sufrida aceptación de la voluntad de Dios sin buscar otra justificación aparte de la voluntad divina: en la iconografía medieval es frecuente encontrar la imagen de este personaje bíblico completamente cubierto de úlceras en un estercolero. En contraste, a partir del siglo xiii, se impuso una imagen más realista del ser humano, al que se representó con los atributos del grupo social al que pertenecía. En compensación, ahora el que sufría ya no era el hombre, sino el propio Dios en la persona de Jesús. Cristo era en este tiempo, cada vez más, el Cristo sufriente, el de la pasión. Este hombre del Medievo vivió una época sin tiempo, en un transcurrir elíptico en espera del juicio final. Los hitos en el camino los marcaban la creación, el nacimiento de Cristo y su vuelta.

El ser humano fue, también, un *homo viator*, un hombre que camina por la tierra y transita un recorrido que lo lleva a los lugares donde puede acercarse a la experiencia de Dios y de los santos, y que también se mueve por el tiempo efímero de la vida hasta la muerte y de esta a la eternidad. Este hombre es también un penitente que pena en la tierra por el pecado, en espera de asegurar la propia salvación, por lo que siempre estará dispuesto a responder con una penitencia por cualquier calamidad o acontecimiento funesto.

■

Ser pelirrojo en la Edad Media

Durante la Edad Media, la traición tenía un color, a medio camino entre el rojo y el amarillo. Así, los perjurios se solían distinguir por su cabellera y barba pelirroja: Caín, Dalila, Ganelón o Mordred, todos comparten este atributo físico. También lo tiene el zorro, cuya imagen como ser astuto y engañoso ha perdurado en cuentos infantiles hasta el día de hoy.

No obstante, un personaje destaca especialmente por esta característica: Judas. A pesar de que, en ninguno de los evangelios, ni apócrifos ni canónicos, se describe su aspecto físico y que los elementos que lo identifican han variado a lo largo del tiempo, hay uno que aparece casi siempre, su cabellera pelirroja.

Esta característica también se asoció habitualmente a diversos grupos de excluidos como los judíos, los musulmanes o los mendigos, con lo que se convirtió en uno de los elementos visuales, junto con los ropajes rojos o amarillos, en que se plasmaba el rechazo a la infamia y la felonía.

■

Es, además, un ser complejo, constituido por dos partes: el alma y «ese abominable revestimiento del alma», el cuerpo. Este cuerpo, entendido como microcosmos, es también una metáfora de la sociedad en la que el rey es la cabeza; los nobles, los brazos; los campesinos y artesanos, los pies; y los religiosos, el alma.

El ser humano se concebía a sí mismo en función de estructuras mentales que le ayudaban a saber quién era y el lugar que ocupaba en el mundo. Para ello, algunos pensadores habían adaptado y reconstruido un viejo modelo, el de los tres órdenes: los que rezan, los que combaten y los que trabajan. Los primeros se encargarían de rezar para salvarlos a todos; los segundos, de la defensa y el gobierno; y los terceros, de alimentar y vestir a los anteriores. Se

trata de una sociedad entendida de forma armónica, en la que cada uno realiza su función en aras del beneficio de todos. No obstante, la sociedad medieval fue, como todas, cambiante. Así, no tardaron mucho en aparecer los desajustes de un modelo tan definido: pobres y mendigos, mercaderes y maestros ya no tenían cabida.

Esta sociedad, además, vivía en un espacio marcado por las fronteras de la cristiandad: al norte, los límites con los hombres nortños paganos (aunque estas fronteras se borrarían cuando estos se convirtieran al cristianismo); al este, las lindes con el también pagano mundo eslavo, que se seguirían expandiendo gracias a los monjes cistercienses y a los caballeros teutónicos; al sur, aunque están igualmente en movimiento, eran más precisas las fronteras con el islam, siempre en pugna, en conflicto, pero definidas.

Las edades del hombre

Durante la Edad Media, al contrario de lo que suele decirse, se valoró la infancia aunque el niño no fuera, como es hoy en día, el rey de la casa. Los niños eran objeto de un profundo cariño y de cuidados atentos, así como de una preocupación por su educación similar a la que tenemos ahora. No obstante, el principal papel que se daba a los menores en la sociedad era el de productores de poder y riqueza en potencia. El niño era un bien a futuro como mano de obra, como sustento del poder, como legitimador, para forjar alianzas o para obtener recursos económicos. Un concepto alejado del que se tiene hoy en día, en el que el niño es un futuro consumidor en potencia.

Lo normal era que el hijo esperado fuese fruto de uniones legales, si bien los bastardos (también llamados «hijos naturales») alcanzaron una posición totalmente honorable, especialmente en los siglos xiv y xv. Además, en esta época, como bien se puede observar gracias a numerosas sentencias judiciales, eran comunes las prácticas abortivas y anticonceptivas, y suele ser el hombre el que toma la iniciativa de convencer a su pareja de deshacerse del niño. Tal vez por ello, la justicia siempre lo considera cómplice. Así, aunque el aborto era algo corriente, seguía siendo clandestino y, por tanto, peligroso. De hecho, se conocen bastante bien las recetas de la época para interrumpir el embarazo: jengibre, manzanilla e incluso helecho.

Por otro lado, sabemos muy poco del embarazo durante la Edad Media. Cada mujer, a lo largo de su vida de matrimonio, quedaba embarazada aproximadamente cada dieciocho meses, por tanto, unas diez veces a lo largo de su vida fértil. En cuanto al nacimiento,

también es difícil encontrar información al respecto en las fuentes. El hombre está ausente y, por tanto, ya fuera el padre, el cronista o el pintor, solo lo recogen en ocasiones muy excepcionales. Las fuentes describen a la parturienta acostada o acucillada y ayudada por la madre de esta. La «ventrera» animaba a la mujer y se ocupaba de colocar bien al niño por medio de masajes y movimientos en la barriga de esta. Mientras esto ocurría, se preparaban ropas blancas y un baño. Estas mujeres, expertas en todo lo concerniente al parto, parece que actuaban gratuitamente.

Las infecciones durante todo este proceso suponían un riesgo mortal, muy frecuente durante esta época. De hecho, una de cada diez mujeres fallecía en el parto, en especial cuando se trataba de madres primerizas. La cesárea no se practicaba para auxiliar a la madre, sino, una vez que esta fallecía, para salvar al niño.

Además, los riesgos para el infante continuaban después de nacido y era frecuente que apenas viviera unos pocos días u horas. De hecho, entre un 25 y un 30 % de los niños morían al nacer. Meningitis, asfixia, tétanos, disentería, insuficiencia vascular, todas estas y alguna más eran complicaciones que hacían del nacer un acontecimiento de alto riesgo. La segunda gran crisis llegaba, antes de los dos años, en el momento del destete, pues la pérdida de ese aporte nutricional e inmunitario frente a las infecciones gastrointestinales representaba un riesgo enorme. Así, la diarrea parece haber representado el mayor peligro para la salud de los niños medievales.

No obstante, por muy frecuentes que fueran estas muertes, seguían siendo dolorosas para los padres y esta aflicción aumentaba si el niño fallecía antes de ser bautizado, pues se pensaba que iría al infierno, tal y como aseguraba el propio san Agustín. En lo que respecta al cadáver del pequeño, lo más habitual era que lo inhumasen en algún lugar diferente al del resto de los bautizados. Los trabajos arqueológicos han sacado a la luz la costumbre de

enterrarlos bajo el suelo de la casa paterna, en los arranques de los postes de la vivienda o bajo el alero de esta, como ha sido hábito en el País Vasco hasta tiempos recientes, quizá en el intento de mantener el antiguo recuerdo de considerar la casa como una especie de recinto sagrado. Por otra parte, en las necrópolis, los enterramientos de niños menores de siete años constituyen en torno al 20 % del total: una cifra notable que nos habla de la enorme tasa de mortalidad infantil.

Los primeros meses de vida del niño los pasaba fajado fuertemente, con los brazos apretados a los costados del cuerpo, pues se pensaba que esto fortalecería sus miembros. A partir del año, aproximadamente, se buscaba que comenzaran a caminar ayudados de un andador y se intentaba evitar que anduviesen a gatas, una postura demasiado animal que producía en los medievales cierto desagrado.

En el tiempo que iba entre la infancia y la pubertad, el niño tenía su lugar en la sociedad medieval. Se lo consideraba una obra en proceso, con cierto grado de santidad, pero permeable a los males del demonio. Por este motivo, el culto a los Santos Inocentes y las oraciones a los ángeles de la guarda eran muy frecuentes en este tiempo. Asimismo, la madre era la encargada de velar por el cuidado de su salud y la primera enseñanza del infante, y el padre debía inculcarle los valores de la autoridad paterna y la importancia de la fe.

■

Juegos infantiles en la Edad Media

Los niños siempre han sido niños e invariablemente han disfrutado con los juguetes y la Edad Media no es un período diferente en este sentido. De hecho, tenemos testimonio arqueológico del uso de

sonajeros, canicas, muñecas de cera, molinillos, caballitos y armas de madera, pájaros mecánicos, cocinitas y figuras de caballos y soldados.

Las muñecas suelen ir vestidas y peinadas de acuerdo con la moda del momento y los caballitos aparecen en la iconografía con sus cabezas talladas y pintadas cuidadosamente y en muchos casos con arreos. Este último juguete solía ir asociado al torneo, por lo que, además del caballo, el equipo solía consistir en una vara alargada terminada en molinillo y un escudo de madera o cuero.

También hay constancia de vajillas en miniatura que, en muchos casos, debían de ser regalos que se pasaban de madres a hijas, como por ejemplo, una consistente en fuentes y escudillas de plata que una dama regaló a una niña llamada Marguerite en 1376, cuando esta contaba con dos años.

■

Superados los riesgos de los primeros años de vida, los niños solían dedicarse a aprender el oficio familiar ayudando en las labores domésticas, el campo, el taller o aprendiendo el oficio de la guerra. En todos los casos, el aprendizaje se realizaba por contacto, observando cómo lo hacían los mayores y aumentando poco a poco la complejidad de las tareas encomendadas. En algunas ocasiones (más a menudo de lo que suele pensarse), especialmente en el ámbito urbano, los niños también aprendían las letras y los números en escuelas de villa, que representaban el paso previo habitual para acceder a las universidades.



Un campesino ordeña una oveja mientras un niño come sentado en una mesa, un detalle destacable, puesto que los muebles eran poco frecuentes en las casas de los pobres. Ilustración del siglo

xiv

incluida en un tratado médico árabe traducido al latín.

Concluida la infancia, entre los ocho y los catorce años, comenzaba el caminar de la vida como adulto. En ocasiones, como ocurría en el caso de los caballeros, el traspaso de este umbral venía marcado por

la participación en la primera partida de guerra o la inclusión en un séquito militar. En el ámbito intelectual, era el momento en que los jóvenes entraban a estudiar las artes liberales en la universidad.

El hombre con la mujer

Afirmaba Georges Duby, un famoso medievalista, que la Edad Media era «masculina», es decir, que en este tiempo la mayoría de las fuentes escritas fueron realizadas por hombres. Por ello, lamentablemente, tenemos muy pocos datos sobre el vivir y el sentir de las mujeres en este tiempo. Además, la mayor parte de los hombres que escribieron la historia durante esta época eran clérigos, por lo que de manera voluntaria o involuntaria ignoraron —cuando no vilipendiaron— al sexo femenino. La mujer era «la puerta al diablo», el símbolo de una impureza cuya prueba era la sangre que periódicamente brotaba de ella. Además, se decía de la mujer que era de natural charlatana, chismosa, caprichosa y poco ahorradora.

■

Las casas de mancebía

En la Edad Media se aceptaba la prostitución con cierta pasividad. Se consideraba un mal menor y había casas especializadas denominadas «mancebías», «abadías», «castillos de mujeres libres» o «retiros de desahogo» en que las «mujeres públicas» ejercían el oficio. Se solían ubicar cerca de las iglesias, en los puentes o frente a los palacios. Para controlar que en estos lugares se cumpliesen las leyes, se creó una figura que en Castilla recibía el nombre de «padre de la mancebía» o «padre putas».

Estas casas solían estar reguladas por el Gobierno municipal, que obtenía una parte del beneficio, si bien, en ciertas ocasiones, se

subarrendaban a particulares.

Las chicas solían ser, en la mayoría de los casos, campesinas que no tenían otras posibilidades de trabajo, aunque, como se ha podido observar en ciertos lugares, algunas de las mujeres que allí trabajaban lo hacían de manera ocasional.



Burdel medieval representado en una miniatura fechada en torno al año 1450.

■

El hombre parecía tener miedo a la mujer, un miedo que disfraczaba de desprecio y sospecha. Se veía en ella un desbocado deseo sexual que el hombre no podía saciar. Para controlarlo, algunas obras,

como el Ménagier de Paris, aconsejan encerrarla en el hogar. No solo para preservar el honor de la familia, sino también como una precaución sexual. Se veía en ellas pulsiones insaciables que hacían que estuviesen más dominadas por sus naturales humores. Así, médicos como Galeno o Hipócrates vieron en las mujeres caracteres melancólicos, sanguíneos, coléricos y flemáticos, y aseguraban que sus reacciones dependían más de los astros que las de los hombres.

En lo que al sexo se refiere, los medievales posiblemente tenían una percepción de la sexualidad y el erotismo diferente a la nuestra. De hecho, el desnudo no parece representar un factor especialmente erotizante, a diferencia de las manos o el cabello, a los que los poetas dedicaban incontables versos. Además, en cuanto a las posturas sexuales, la Iglesia solo toleraba la más «natural»: la mujer sobre su espalda y el hombre encima de ella, puesto que se pensaba que era la más propicia para la fecundación y no generaba demasiado placer. Dicho lo cual, aunque podríamos pensar lo contrario a partir de la idea tópica que se tiene de la Edad Media, lo cierto es que había cierta liberalidad en las costumbres, lo que se puede juzgar fácilmente revisando la gran cantidad de documentos en los que se condenan o castigan los comportamientos sexuales que en la época se consideraban «desviados».

La consumación de la relación del hombre con la mujer es el matrimonio, la viga maestra que sostiene la sociedad medieval y, aunque desde los púlpitos y los escritorios se dice que la virginidad es el estado ideal, también se sabe que este está reservado a unos pocos individuos. Por tanto, es en el matrimonio donde se consuman muchas de las virtudes propugnadas por el cristianismo. El amor no es un factor que se deba considerar cuando se trata del matrimonio; es más, se tiene por un desequilibrio de los humores y, por tanto, peligroso. Los tratados médicos abundan en la importancia de evitar que los jóvenes tomen decisiones enamorados y se esmeran en buscar la cura a tan poco recomendable estado.

Las mujeres se pueden casar desde los doce o catorce años y los varones poco después, si bien los esponsales, es decir, la ceremonia en que queda arreglada la promesa de matrimonio futuro, pueden celebrarse cuando los contrayentes son aún muy niños. En el caso de los varones, se busca normalmente el matrimonio hipergámico: aquel en que la mujer pertenece a un grupo social superior al del hombre o bien a una familia con mayores riquezas, con objeto de crear ventajosos vínculos económicos o políticos. En cuanto a las mujeres, se admite generalmente la posibilidad de casarlas con alguien de inferior condición, aunque también se busca mejorar la situación económica o política de la familia. En ambos casos, se trata de piezas de ajedrez que se mueven de acuerdo con las necesidades del grupo familiar. Naturalmente, entre las clases populares, este tipo de movimientos políticos y económicos suelen ser mucho menores y también se busca aumentar el patrimonio de la familia, aunque no parece ser un factor tan determinante como entre las clases privilegiadas.



La boda campesina (c. 1566-1569), de Pieter Brueghel.

En lo que respecta a los esponsales, se concertaban tras una negociación entre los padres. Había una figura, «el abad de la juventud», que ayudaba en este tipo de arreglos. En esta ceremonia se decidía el acuerdo, se presentaba el novio a la novia y se pronunciaban públicamente las promesas de futuro.

El casamiento, al igual que ocurre en la actualidad, solía suponer un gasto enorme, pues se realizaban grandes comidas, fiestas, se contrataban músicos y se hacían regalos. Durante la ceremonia, se mezclaban diversas tradiciones de orígenes variados: se extendía un velo por encima de los novios al igual que hacían los judíos; tomado de la ritualidad romana, el padre colocaba la mano de su hija sobre la del esposo como símbolo de la transmisión de autoridad sobre la muchacha —del padre al marido—, tras lo que los esposos pronunciaban unas palabras de consentimiento y se colocaban las alianzas, de preferencia en el anular izquierdo, pues se pensaba que estaba unido directamente al corazón; y solía haber dos testigos, generalmente un cura y un notario, y este último se encargaba de dar lectura a los compromisos materiales entre las familias. Tras esto, los esposos se dirigían a la iglesia para recibir los votos y la bendición eclesiástica, si bien este rito no fue habitual hasta los últimos siglos de la Edad Media. Concluida la ceremonia, se arrojaba a los recién casados una lluvia de cereales como símbolo de fecundidad y se celebraba el banquete, aunque la novia no comía. La última etapa de esta unión era aquella que tenía lugar en la cámara nupcial, donde se consumaba el matrimonio en una cama bendecida por el sacerdote. En algunos lugares se mantuvo la costumbre de que una matrona pasara la noche cerca de los jóvenes con objeto de anunciar a los demás que la unión se había consumado.

La familia

El hombre medieval vive en comunidad, por lo que la individualidad no existe, no tiene sentido, lo importante es la pertenencia al grupo, que es lo que lo define. El grupo principal es el que compone la familia, que era entendida como el marco natural y generaba toda una serie de relaciones, obligaciones y servicios. Estos vínculos conformaban todo un tejido social de gran relevancia en términos económicos, sociales y políticos. Por ejemplo, los hermanos y hermanas, en especial los primogénitos, intervenían en caso de que el honor o los intereses de la familia se vieran dañados, por lo que las venganzas familiares estaban a la orden del día.

En lo que respecta al reparto del patrimonio familiar, los primogénitos fueron, cada vez más, los grandes beneficiarios de la herencia, mientras que los segundogénitos solían recibir una parte ínfima del legado. Esta práctica tenía como objeto conservar los bienes patrimoniales de la familia y, en la medida de lo posible, aumentarlos. Como es lógico, forjar un patrimonio propio a partir de las habilidades personales o de la suerte pasaba a ser una prioridad para aquellos hermanos que no hubiesen nacido en primer lugar. Por ello, casarse con una dama rica o destacar en el campo de batalla podían ser factores cruciales en este sentido. Las hijas solteras tenían aún menos posibilidades de elección y la más recurrente, por supuesto, solía ser el monasterio. No obstante, como podemos suponer, buena parte de ellas carecían de la vocación necesaria, lo que se refleja en la pésima imagen que se tenía de muchos monasterios femeninos.

Más allá de la familia cercana, estaba el parentesco, una red conformada por familiares, pero también por sirvientes, amigos,

clientes o incluso sicarios. Entre las clases altas, el linaje extenso de los que pertenecían a la «casa» constituía buena parte de las redes políticas y sociales del momento y tenía un gran poder sobre todos sus miembros. De hecho, hasta el siglo xiii, en buena parte de Europa, las transacciones inmobiliarias importantes debían contar con la aprobación de la parentela. En el caso de que se hubiera realizado una transacción sin ese consentimiento, los familiares tenían derecho al denominado «retracto por parte del linaje», es decir, la anulación de la venta y la recuperación de la propiedad. Así, vivir cerca de la familia era importante. En el caso de Italia, por ejemplo, sabemos que estas parentelas se llegaban a agrupar en barrios cercados y vigilados o bloques de casas que podían albergar su propia iglesia y tumbas en un espacio común.

■

Ludovico Gonzaga y su familia

En la pintura realizada en 1474 por Andrea Mantegna, que se encuentra en la Cámara de los Esposos del palacio ducal de Mantua, aparece retratada la familia de Ludovico Gonzaga. La pintura refleja el momento en que el patriarca recibe la noticia del nombramiento como cardenal de su hijo Francesco. Junto a él, sentada en una silla, aparece la matriarca de la familia, Bárbara de Brandemburgo, una noble alemana que aportó el relumbré nobiliario a la familia de los Gonzaga, y detrás también se encuentran su hijo mayor, erguido y orgulloso sucesor, y el robusto Francesco, beneficiario del nombramiento. Podemos ver a varios de los hijos legítimos, incluidos algunos infantes, y, a la derecha, aparecen con porte altivo y medias con los colores de la familia dos bastardos del clan.

El autor pintó a uno de esos criados —junto a Ludovico, a quien le susurra al oído— a los que se llegaba a incluir dentro del círculo de parentesco hasta el punto de otorgarles su apellido precedido de «degli». Completa la pintura, debajo de la silla del señor, su perro,

Rubino, es decir 'rojito', uno más del clan familiar.



Fresco de la Cámara de los Esposos en el palacio ducal de Mantua, realizado por Andrea Mantegna, que retrata a la familia de Ludovico Gonzaga.

■

Sentados a la mesa

Los lazos familiares, gremiales o espirituales se estrechan más fuertemente sentados a una mesa. El banquete representaba la entrega de los bienes obtenidos tras el duro esfuerzo y exigía el olvido de las penurias. Los momentos importantes de la vida estaban siempre marcados por grandes comidas, tan abundantes que en algunas ocasiones la familia que agasajaba se arruinaba. El festín simbolizaba el reparto de la felicidad propia entre los seres queridos. La comida, o la ausencia de esta, desempeñaba un papel central en el pensamiento de las gentes de la Edad Media, pues la mayor parte de la población se movía, muchas veces de manera inevitable, entre la abundancia y la escasez. En un tiempo en que el hambre era algo tan cotidiano como el calor del verano o el frío del invierno, la mayoría de los hombres y mujeres soñaba con grandes comilonas. Esto se puede ver reflejado en diversos mitos, como el país imaginario llamado Cucaña, donde todo son pasteles dulces, o Jauja, donde la leche y la miel fluyen como ríos. Los cuentos, las crónicas, los restos óseos, las dentaduras y los instrumentos culinarios nos hablan de esta realidad.

En lo que respecta a la dieta, a partir de diversos estudios científicos y del análisis de las fuentes, se ha podido afirmar que los hidratos de carbono, sobre todo cereales (hasta 2 kilos por persona y día, sobre todo trigo, cebada, avena y centeno), constituían la mayor parte de los alimentos consumidos, ya fuera en forma de pan o de gachas o tortas, aunque también se tomaban como sopas espesas, por ejemplo, el porridge sajón o la polenta italiana. También sabemos que en ciertas zonas de Europa se consumían buenas cantidades de pasta: tallarines, macarrones o lasañas, desde la Alta Edad Media. Las legumbres como las habas, guisantes, lentejas o garbanzos eran asimismo un alimento común.

Las proteínas animales eran más escasas que los cereales en la dieta del hombre medieval. La carne se solía comer picada y como relleno de empanadas, aunque también cocida o salada. Los asados eran mucho más ocasionales de lo que solemos pensar y se consumían, fundamentalmente, entre las élites. Se come todo tipo de carne: conejo, cordero, vaca, cerdo, caballo o incluso perro, como demuestran los huesos hallados en las excavaciones. El cerdo se tomaba salado o embutido y la matanza se realizaba en los meses de invierno, pues el frío ayudaba a que la carne que iba a ser curada no se pudriera o llenase de insectos. El borrego, por el contrario, se sacrificaba durante los meses de verano, después de esquilada la lana. En las tierras del norte de Europa también se consumía carne de buey, que se sacrificaba una vez que el animal ya no podía realizar tareas agrícolas. En lo que respecta a las proteínas provenientes de la caza, su aporte a la dieta medieval es, más bien, escaso y no suele superar el 5 % del total de proteínas. En cuanto al pescado, aparece escasamente en las mesas de los medievales, sobre todo en los banquetes y los campesinos ni lo probaban. Los pescados solían ser de río —percas, arenques, truchas y salmón, aunque también se comía bacalao—, se conservaban mediante ahumado o salazón y constituían el principal aporte proteico durante el tiempo de Cuaresma.

■

Dos recetas de la Edad Media: el migraust y la salsa limonea

Si quieres hacer migraust, toma gallinas asadas, caldo de pollo, leche de almendras e hígados de pollo. Toma los hígados y mézclalos con la leche de almendras, especias, pimienta, clavos, canela, agraz, sal y azúcar, y ponlos a fuego lento durante un buen rato. Después, toma las gallinas asadas, trocéalas y cocínalas un rato en la salsa.

Para hacer salsa limonea necesitamos caldo de gallina, jengibre, azafrán, azúcar, leche de almendras, zumo de limón y carne de ala de gallina cocida majada en un mortero hasta hacer una pasta. Mezcla todos los ingredientes salvo la carne y lleva a ebullición durante unos minutos. Después, añade la carne para espesar. Sirve como acompañamiento de un pollo o gallina asado.

Libro de Sent Soví (siglo

xiv

)

■

La leche, obtenida de cabras, vacas y ovejas, se tomaba principalmente en forma de cuajadas o quesos. La leche sin procesar se suele reservar para los infantes. Las grasas utilizadas son, principalmente, la manteca de cerdo y el aceite de oliva, pues la mantequilla tiende a ponerse rancia en poco tiempo. No obstante, a pesar de su uso, se suele preferir la cocción a la fritura.

En lo que respecta a los tubérculos y demás raíces, si bien se consumían de manera extensa, se consideraba que aquellos alimentos arrancados de la tierra eran impropios de las élites. Por supuesto, también comen frutos de los árboles: manzanas, peras, frutos secos, membrillos, cerezas y naranjas.

Asimismo, el vino parece estar presente en todas las mesas y es, en esencia, de muy baja calidad en todas partes. Su grado de alcohol no debía sobrepasar los 10° y las pobres técnicas hacían que no se pudiese conservar durante más de un año, pues se picaba. Se consumía profusamente, de uno a tres litros al día por persona, una

cantidad solo comprensible por su baja graduación alcohólica. También se bebía cerveza y las encargadas de elaborarla solían ser las mujeres. Se conocían diversas técnicas y recetas como, por ejemplo, la de la ale sajona, que se hacía a partir de avena fermentada ya agria, o la de la cerveza germánica, más parecida a las actuales, que se elaboraba con cebada y lúpulo. También se consumía sidra y perada, preparadas a partir de la fermentación de peras y manzanas, e hidromiel, que se obtenía de una mezcla de agua y miel. Lo cierto es que la embriaguez parece haber sido el pan de cada día en todos los estratos sociales y se observaba, en general, con cierta indulgencia. Así, se sabe que, por ejemplo, Juan sin Tierra bebía en exceso, al igual que su enemigo Felipe Augusto, o que el famoso Carlos el Temerario se emborrachaba a diario.

Por supuesto, el hombre medieval también bebía agua, si bien debía de ser de manantiales o pozos, pues el agua de los ríos, lugar a donde suelen llegar los desechos de toda la población, era en aquellos tiempos extremadamente peligrosa.

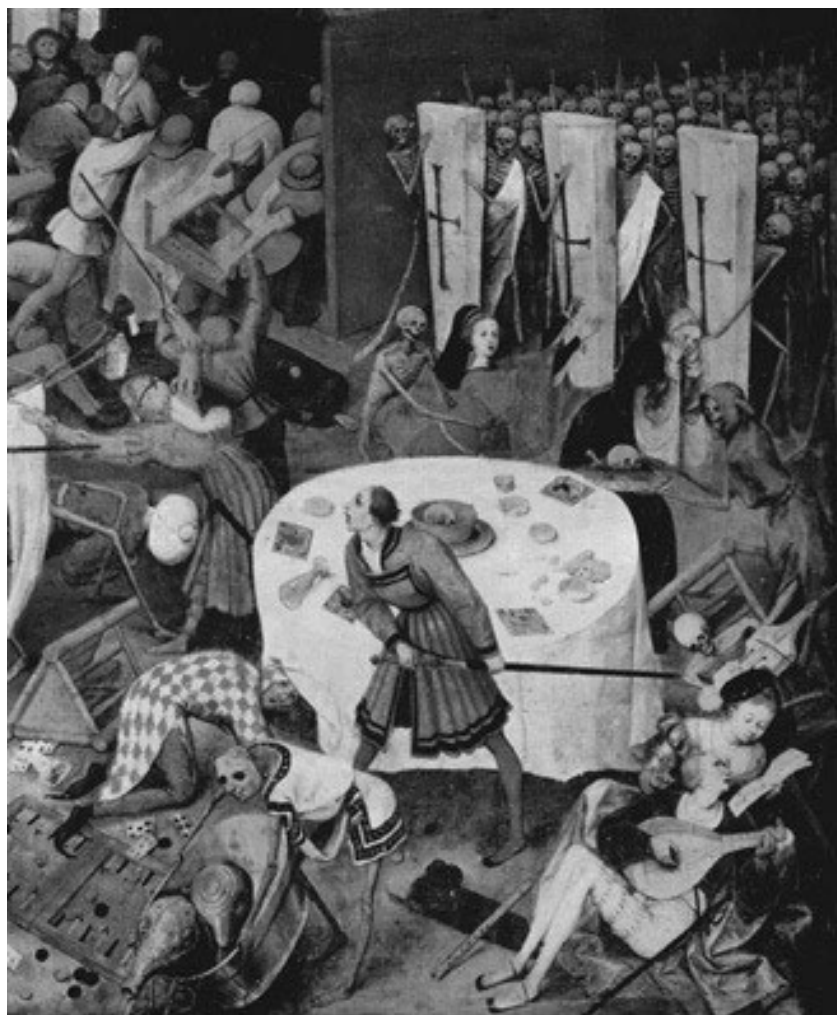
La enfermedad y la muerte

La vida del hombre era breve y la de la mujer solía serlo más aún. Si los males de la infancia, la guerra o los dolores del parto no habían acabado con la persona, en cuanto culminaba el tiempo de máximo vigor, comenzaba una vertiginosa decadencia de los cuerpos que hacía que llegar a los cincuenta años fuese relativamente poco frecuente. Los huesos que encuentran los arqueólogos hablan de una sociedad en la que la mayoría de la población sufre enormes desgastes físicos que muy probablemente los hacían parecer ancianos a edades muy tempranas. Desgastes en los huesos, lesiones mal curadas, desnutrición y raquitismo son problemas realmente frecuentes. Además, el ser humano se hallaba totalmente a merced del medio físico. El frío, el calor, la lluvia, la sequía, todos estos eran factores que el ser humano no podía controlar y muy difícilmente podía paliar. Cualquier desajuste en el clima podía ser devastador para este ser frágil y dependiente de una producción agrícola escasa y podía dar al traste con la cosecha y comportar una de las tan frecuentes hambrunas, como la que menciona Raúl Glaber en sus Historias cuando afirma que, en el año 1033 y a causa de las inclemencias del tiempo, hubo en Europa una grandísima mortandad que llevó a muchos a comer raíces y hierbas de los bosques, y a algunos, incluso carne humana.

La peste negra se originó en Asia a comienzos del siglo xiv y llegó a Europa en 1347 en un barco genovés procedente de Caffa, una ciudad de la zona de Crimea. La causa de la pandemia era la bacteria *Yersinia pestis*, que se halla en un tipo de pulga asociada a la rata negra. Esta enfermedad, que también golpeó duramente en Asia y África, acabó con cerca de la mitad de la población europea.

Si bien los primeros brotes, en torno al año 1348, fueron los más virulentos, se tiene constancia de rebrotes hasta bien entrado el siglo xvii. Su impacto fue notable no solo en la demografía, pues dio lugar a cambios importantes en la mentalidad de la sociedad de la época. Así, unos decidieron afrontar la muerte disfrutando de los placeres de la vida, mientras que otros lo hacían a través de la penitencia personal. Lo cierto es que pocos acontecimientos en la historia de la humanidad han supuesto un impacto tan tremendo como el de la peste negra.

La medicina de este tiempo poco podía hacer frente a las enfermedades que sufría la población. Los médicos, siguiendo las pautas marcadas en la época anterior por pensadores de la talla de Aristóteles o Galeno, entendían el cuerpo humano como un microcosmos que se insertaba en un macrocosmos, por lo que la salud era el equilibrio tanto en el propio cuerpo como en su vínculo con el universo. Se creía que el ser humano estaba compuesto por cuatro elementos que daban lugar a cuatro sustancias o humores: agua, fuego, tierra y aire. El agua, fría y húmeda, da lugar a la flema; el fuego, caliente y seco, produce la bilis amarilla; la tierra, fría y seca, la bilis negra; y el aire, caliente y húmedo, produce la sangre. Se pensaba que estas sustancias fluctuaban conforme a la edad y la tarea de los médicos era conseguir que estuviesen equilibradas con el objeto de que se gozase de buena salud. Para ello, recomendaban sangrías, vomitorios o dietas para reducir o aumentar la proporción de una determinada sustancia.



Detalle del óleo de Pieter Bruegel, El triunfo de la muerte, pintado en 1562.

Cuando la muerte llegaba, solo cabía la resignación y prepararse para el momento. La vida en el mundo tenía poca importancia y había de ser, por fuerza, corta. La muerte era el momento en que Dios igualaba a todos. La recompensa vendría después, tras la segunda venida de Cristo, un tiempo en el que los sufrimientos y las

penurias serían recompensados.

El arte de morir

Estaba tan presente el tema de la muerte que, a finales de la Edad Media, se hicieron muy populares una serie de tratados en los que se enseñaban los pasos que se debían seguir para tener un buen traspaso. Es decir, los preceptos necesarios que todo cristiano debía tener en cuenta en los momentos inmediatamente anteriores al fallecimiento. Es lo que se denominaba el ars moriendi, el ‘arte de morir’.

En estas guías se enseñaba al moribundo que la muerte no es algo que temer, la manera de evitar tentaciones previas a la muerte como la pérdida de la fe, el modo de imitar a Cristo en estos últimos momentos o las oraciones recomendadas.

En origen, se realizó una versión larga del texto, no obstante, poco después y debido probablemente a lo acuciante de este tipo de situaciones, apareció una versión más corta, ilustrada con grabados para que pudiese ser memorizado y explicado de manera sencilla.

La aldea: vivir en el campo

~ Siglos xi-xv ~

La arqueología y las fuentes escritas nos proporcionan una imagen bastante nítida de la aldea medieval. Ese pueblito, de casas pequeñas y dispersas, calles enlodadas, huertos de tamaño reducido e iglesia humilde, es donde late el corazón de la Edad Media.

Si pudiésemos viajar hasta allí durante los meses de invierno, podríamos observar a un campesino de ojos cansados por mirar tanto al cielo en busca de lluvia o de sol, de manos callosas y espalda dolorida, que aparenta mucha más edad de la que tiene en realidad.

Su aldea es pequeña, no más de treinta casas en las que viven algo más de cien personas. Todos los edificios son de madera y barro, salvo la iglesia, que, a pesar de ser de reducidas dimensiones, está construida en piedra y es el orgullo de todos los vecinos. Allí se reúnen el domingo para orar y en su entrada charlan los mayores de la aldea y toman decisiones.



En la aldea, la salida y la puesta del sol marcan el inicio y el final de la jornada laboral.

Junto a las casas hay algunos huertos en los que los campesinos cultivan algunas verduras con las que dar color a una monótona dieta. En estos huertos, el campesino y su mujer arrojan los desperdicios de humanos y animales. Nada se derrocha y mucho

menos el abono. Por las calles transitan pocas personas. En los días de Adviento no hay mucho que hacer salvo calentarse junto al fuego y contar historias, viejos relatos que llegan hasta la aldea desde lugares a veces muy remotos.

Si el campesino quiere acercarse a sus campos, habrá de recorrer un par de kilómetros hasta llegar a su pequeña parcela. Este aldeano, a diferencia de muchos de sus convecinos, es el propietario de las tierras. Muchos otros son arrendatarios del señor e incluso hay algunos siervos que no pueden abandonar las tierras a menos que paguen una ingente suma de dinero. Esa pequeña heredad es la fuente principal del alimento que llega a su casa y también la primera entre sus preocupaciones. La cuida con mimo durante todo el año y los días de recoger sus frutos, en verano, son los de trabajo más arduo, pero también los de mayor felicidad.

A lo lejos, mientras camina, divisa el castillo del señor en lo alto de una colina. Ese edificio, que su padre ayudó a elevar cargando piedras, representa el poder y la autoridad en la aldea y, para muchos, la fuente de buena parte de sus problemas. Tal vez por ello, cuando los aldeanos se alcen en armas, su empeño habitual será derrocar las intimidantes fortalezas.

Un poco más abajo, junto al río, se divisa un prado comunal al que nuestro campesino lleva de vez en cuando sus dos bueyes y su vaca a pastar. Ese prado se había creado en tiempos de su abuelo, cuando se taló y se desbrozó el bosque que allí había, con gran esfuerzo, como casi todo en la vida de estas gentes.

La vivienda en la aldea

Los aldeanos solían construir las casas ellos mismos, con la ayuda de sus vecinos. La piedra era muy cara, por lo que se preferían materiales como la madera o el adobe. La estructura solía estar realizada en madera con un armazón de troncos anclados en el suelo, que, a modo de caballetes, sostenían la vivienda. En el tejado se colocaban vigas y troncos más pequeños unidos a su vez por finas varas, con lo que se creaba una disposición sobre la que se colocaban tejas ancladas unas sobre otras a partir de un pequeño reborde, típico del sur de Europa, o bien un entramado de paja compactada sujeta con estacas y cuerdas, más habitual en el norte del continente. Las paredes solían estar conformadas por varillas o juncos entretejidos que, a su vez se cubrían con barro para tapar los agujeros y evitar que se colase el viento y el agua. Se trata de casas poco resistentes que requieren constantes mantenimientos. No suelen tener ventanas o, como mucho, una pequeña y los únicos lugares por donde entra la luz son la puerta y la pequeña abertura en el tejado, por donde sale el humo que ennegrece las paredes. Con todo, este es el pequeño espacio al que el campesino puede llamar hogar. El interior de la vivienda es parco al extremo. Minimalista, diríamos hoy en día. El suelo es de tierra apisonada y en el centro se sitúa el fuego, el hogar. No hay chimenea, por lo que el humo se evacúa entre las tejas o a través de un agujero en la cubierta de paja, que a su vez es de gran utilidad para el campesino, pues lo usa para ahumar los embutidos. Junto a este fuego se recuesta el campesino y su familia en la noche, cubiertos con mantas de lino y algunas pieles de borrego o cabra para protegerse del frío. El espacio de la vivienda suele ser pequeño y raramente se superan los 50 metros cuadrados, de planta rectangular y con pocas divisiones internas. Es también frecuente que este espacio se utilice para guardar los animales domésticos: bueyes, vacas, cerdos y gallinas. Esto, a pesar de aumentar los malos olores, tendría un propósito doble: resguardar los bienes muebles más valiosos del campesino y ayudar a calentar la estancia en invierno. Asimismo, también se

suele utilizar el espacio como granero.

■

Arqueología de la vivienda rural en la Edad Media

Las modernas técnicas arqueológicas permiten hoy en día reconstruir ciertos aspectos de la vida del pasado a partir de datos escasos y fragmentarios. Así, unos agujeros en el suelo rellenos con otro tipo de tierra nos permiten deducir que allí hubo clavada alguna estructura de madera y que el material orgánico ya desapareció. O bien unos fragmentos de cerámica esparcidos por el suelo de una vivienda nos dan a conocer tanto el tipo de cacharros que se utilizan en la cotidianidad como el momento en que la cerámica fue cocida.

Los pequeños granos de cereales y huesos permiten al arqueólogo averiguar el tipo de alimentación; y las marcas de cortes y el color de los restos óseos ayudan a saber cómo fueron cocinadas y cortadas las piezas. Asimismo, el hallazgo de restos de carbón vegetal permite establecer fechas aproximadas de ocupación de la vivienda.

Estos datos, completados con las fuentes escritas, iconográficas y etnográficas, proporcionan al ojo experto del arqueólogo una imagen bastante precisa de cómo pudo ser la vivienda de ese campesino en la Edad Media.

■

Los muebles del campesino son pocos y utilitarios. Una mesa de tablas que se coloca sobre caballetes cuando es necesario y que, acabada la comida, se recoge para liberar espacio. También tiene

algunos taburetes y algún arcón de madera en el que se guarda desde ropa a cualquier utensilio de la casa. Para cocinar, emplea un caldero sostenido de la viga del techo mediante una cadena en el que se preparan la mayoría de los guisos, y como utensilios para comer tan solo posee algunas cucharas de madera, platos también de madera o de cerámica y algún que otro cuchillo que le sirve tanto para cortar como para pinchar la comida y llevársela a la boca.

El dominio de la tierra

Los cultivos marcaban el ritmo de la vida y el paisaje de los europeos medievales. La preocupación principal del campesino era asegurar la cosecha para garantizar así la subsistencia propia y la de su familia, pues la fragilidad de este equilibrio ante las inclemencias del tiempo hacía que la delgada línea que separaba la subsistencia y el hambre pudiese quebrarse en cualquier momento. Nada alegraba más el corazón de estos hombres que ver los ondulantes campos de cereal repletos de espigas en el momento inmediatamente anterior a la cosecha.

Dado que el cereal era el ingrediente principal de la dieta europea, también resultaba el tipo de planta que ocupaba un mayor número de hectáreas de cultivo. Junto a este producto, se cultivaban algunas hectáreas de viñedo, tal vez leguminosas y unos pocos árboles frutales. Las deficientes técnicas de abono hacían que la productividad fuese siempre muy baja y que el campesino estuviese obligado a dejar descansar un tercio de la tierra cultivable, al menos, una vez cada tres años, lo que reducía notablemente la superficie de cultivo efectiva.

La tierra se araba con un simple arado de madera heredado de la época romana y al que, en algunas zonas, añadían unas ruedas. Como fuerza de tracción, algunos campesinos contaban con una pareja de bueyes, vacas o mulas que cuidaban con dedicación, pues de ellos dependía el porvenir de la familia y su carne solo se comía cuando morían de vejez o enfermedad.

En el momento en el que la planta del cereal estaba ya crecida y

seca, el campesino comenzaba su recolección con la hoz. Una vez recogidas las espigas, el grano se separaba de la paja golpeándolo con dos palos unidos por un par de eslabones, pasando sobre estas con un trillo o haciendo que caballos caminasen por encima, pisándolo. A su vez, el grano se separaba de los restos de paja lanzándolo al aire cuando hubiese viento: la paja, por su poco peso, volaba y el grano caía de nuevo. El resto de la paja servía para alimentar al ganado y los tallos del cultivo que aún quedaban en la tierra se quemaban para que las cenizas sirviesen como fertilizante.

Dado que una de las funciones del cereal era ser utilizado para hacer pan, era necesario producir harina. Para ello, había que llevárselo al molinero, que hacía funcionar el enorme mecanismo de su molino gracias a la energía hidráulica que movía una enorme rueda de piedra que, a su vez, mediante la fricción con otra gran piedra, lograba convertir esos pequeños granos en harina. A cambio, el molinero recibía un pago en especie o en moneda. Estos molinos pertenecían normalmente a los señores, que recibían de este servicio una parte importante de sus rentas. Nadie podía moler su grano en un molino que no fuera el del señor. Tal vez por todo esto, se gestó en la mitología popular una imagen de los molineros como personajes rapaces que engañan a los campesinos siempre que pueden.

Atestiguada la gran cantidad de vino que consumían los medievales, hay que hablar, por fuerza, del cultivo de la vid. Es sabido que, aprovechando la bonanza climática de los siglos centrales de la Edad Media, el cultivo de la vid se extendió por casi todas las tierras de Europa, sin tomar muy en cuenta la idoneidad de los terrenos o el clima. De hecho, buena parte de las tierras que aparecen en los documentos de transacciones de la época se identifican como viñas. El cultivo de esta planta era arduo y trabajoso, pues requería de trabajos de poda, labranza, abono, vendimia, prensado de la uva, preparación de las tinajas y paciencia en espera de los resultados. No obstante, los días de vendimia, que solían coincidir con los primeros del otoño, eran casi siempre familiares y alegres, tanto o más que los de recolección del grano.

Un calendario agrícola de la Edad Media

En la Colegiata de San Isidoro de León (siglos

xi

y

xii)

puede observarse en el techo del Panteón de los Reyes una serie de frescos en los que aparecen detalladas las diversas actividades de los campesinos a lo largo de los diferentes meses del año.



Tres escenas del calendario.

El mes de enero está representado por la deidad romana de las puertas, que simboliza el paso de un año a otro. Para febrero encontramos un personaje calentándose los pies junto al fuego. En marzo se podan las viñas y en abril se arrancan las malas hierbas. En mayo, mes de la guerra, aparece un hombre subido sobre un caballo: «ir al mayo» era una de las maneras para designar las expediciones de saqueo que se realizaban cuando llegaba el buen

tiempo. Los siguientes meses, junio, julio y agosto, son los de recolección y trillado del cereal. El otoño empieza con el mes de septiembre, durante el que el campesino recoge la uva; en octubre se lleva a los puercos al monte para que se alimenten con las bellotas; y en noviembre los fríos comienzan a ser intensos, por lo que llega el momento en el que el campesino sacrifica al cerdo. Diciembre, con la llegada del invierno y las festividades de Adviento, es también un mes de descanso. Por ello, el hombre representado en la pintura de este mes está sentado a la mesa bendiciendo los alimentos.

■

Los cultivos arbóreos también estaban presentes en el paisaje medieval. Los olivares tapizan el sur de Europa y, en general, el área mediterránea y proporcionan la tan apreciada oliva de la que se extrae el aceite que servirá para cocinar y alumbrar. Otro árbol valioso era el castaño, tanto como fuente de madera como por sus sabrosos frutos, las castañas, que resultaban un alimento de alto valor calórico, sobre todo durante el otoño, meses de frío y carestía. También se empleaba para engordar a los cerdos en los meses previos a su sacrificio. Por ello, su recolección también es un momento de fiesta, la calbotada. De los manzanos y los perales se obtienen unos frutos, normalmente ácidos, que sirven para elaborar las ya mencionadas perada y la sidra, dos bebidas fermentadas de gran popularidad en la Europa de la época.

Durante los últimos siglos de la Edad Media, se producirá un cambio importante en las dinámicas de cultivo, pues el crecimiento de las industrias urbanas provocó un aumento de la demanda de productos agrícolas destinados a la producción, como el algodón o las hierbas tintóreas.

El hombre y los animales

El hombre del Medievo se mueve entre el miedo, el respeto e incluso el afecto hacia los animales. Por supuesto, el ser humano es un animal frágil en un entorno que, durante los siglos medievales, distaba mucho de poder controlar: el denso bosque y la oscura noche están llenos de peligros. Tan solo el fuego lo protege y lo ilumina, y espanta a los animales que podrían acabar con su vida. El oso puede matarlo fácilmente e incluso devorarlo; la serpiente o el alacrán pueden picarle y ocasionarle la muerte; la rata y los insectos propagan enfermedades; el zorro se come a sus gallinas; la rata, el grano que acumuló con tanto esfuerzo, y el jabalí destripa a su caballo. No obstante, el más temido es sin duda el lobo, pues podía atacar al hombre. La literatura infantil está repleta de ejemplos, a veces terroríficos, del miedo que provoca este animal. Por ello, igual que había ocurrido en la época de Carlomagno con el oso, fueron frecuentes las batidas para cazar lobos.

Los animales domésticos también tienen sus riesgos: el toro, enojado, puede vapulearlo e incluso cornearlo; el perro, moderle; el caballo, darle una coz terrible, y el gato puede ser incluso más peligroso, pues se mueve sigilosamente por entre las temibles sombras de lo maligno y lo mágico.

Para el hombre medieval, los animales están por debajo del ser humano en la creación, pero no muy por debajo, pues, del mismo modo que él, comen, se reproducen, sienten dolor, frío, hambre, ira o alegría. Quizá por ello la literatura medieval está llena de animales a los que se atribuye características muy humanas: el lobo es cruel; el zorro, astuto y traicionero; el asno, resistente y trabajador pero terco y estúpido; y el macho cabrío, libidinoso. Sin

embargo, esta imagen no siempre era negativa y, así, el animal podía llegar a convertirse, incluso, en símbolo de la divinidad, como ocurre con la paloma, el cordero o el ciervo real. También se representa con animales a tres de los cuatro evangelistas: el águila de san Juan, el león de san Marcos y el toro de san Lucas.

Sin embargo, los animales con mayor impacto en el devenir cotidiano del hombre medieval eran aquellos de los que obtenía ayuda en el trabajo del campo, lana y pieles para el abrigo, leche para hacer quesos o unos dientes afilados para protegerlo. Estos conviven con él, lo observan desde lo alto del campanario de la iglesia, como las cigüeñas, y, en muchos casos, incluso residen dentro de su casa: comparten el calor, la comida y el afecto. Del perro se valoraba sobre todo su lealtad (valor por antonomasia en el feudalismo), con sus dientes siempre prestos a defender a su amo. De la cigüeña se apreciaba que acabase con las serpientes, símbolo del demonio, y al halcón y el caballo se los consideraba emblemas de nobleza.

A partir de diversos estudios, sabemos que en el ámbito campesino prevalecía el ganado ovino y porcino por encima del vacuno: ovejas, cabras y cerdos eran el componente principal de la cabaña ganadera. Por otro lado, el papel del ganado vacuno y equino se desarrollaba principalmente en el trabajo del campo y el transporte. También son numerosas y nada desdeñables las gallinas, que proporcionan carne y huevos, y exigían escasos cuidados. A pesar de lo dicho, parece que fruto de la cada vez mayor demanda de las ciudades, en los últimos siglos medievales se empieza a desarrollar una creciente crianza de ganado vacuno destinado a la producción quesera en ciertas regiones de Italia como Parma o Piacenza. Asimismo, esta demanda urbana dio lugar a la cría de ganado destinado específicamente para su sacrificio y consumo en las urbes o bien para la producción de lana con objeto de abastecer las industrias textiles. Por ello, extensas regiones de Europa como la zona de La Mancha, en el centro de la península ibérica, se dedicaron a la cría extensiva de ganado ovino.

Los juicios a animales

Durante la Edad Media, tomando como argumento algunos pasajes bíblicos, algunos entendieron que era preceptivo juzgar a los animales que hubiesen violado la ley. En los registros hay ejemplos de todo tipo, desde cerdos (los más frecuentemente procesados) a caballos, perros e incluso insectos. No obstante, el juicio más famoso y del que tenemos mayor cantidad de información es el que se realizó a una cerda en una localidad del norte de Francia, en el año 1386. A este animal, se le acusaba de haberse comido la cara y los brazos de un niño de pecho. Por ello, después de su procesamiento, lo condujeron, arrastrado por un caballo y vestido como un humano, a un cadalso para que una multitud compuesta por los vecinos y algunos cerdos a los que se había llevado para dar ejemplo pudiesen contemplar el castigo. Le cortaron el morro y las patas a semejanza de lo que había hecho al niño y después se la colgó de una horca en la que se desangró hasta morir. Después, se simuló su ahorcamiento y se arrastró al animal por la plaza. Concluido este ritual, se colocó a la cerda sobre una pira y se quemó su cadáver.

La parroquia

Una parroquia es, en esencia, una comunidad de fieles que se reúne cada domingo en la iglesia. Estas colectividades, auténticos microcosmos, constituían la célula fundamental de las comunidades medievales. Había parroquias tanto urbanas como rurales, pero tomaremos como ejemplo una prototípica del ámbito rural medieval. En esta, la iglesia es el centro de la entidad, la cabeza de la aldea, el edificio más importante que los fieles admiran orgullosos, pues se trata, a diferencia del castillo, de un lugar propio que identifica a su comunidad frente a otras.

Su torre, al igual que ocurre con la catedral en las ciudades, sirve de guía, de faro, y es lo primero que observa aquel que se acerca al pueblo. Sus campanas son la voz de la comunidad: avisan cuando hay que acudir a misa, si alguien falleció, si hay fuego o si alguien ataca la aldea. El edificio suele ser modesto, está construido en piedra y, además de servir como lugar de oración y para la realización de la misa, es un punto de reunión. En su atrio, la comunidad aldeana toma decisiones y los ancianos se reúnen para charlar o jugar a algún juego aprovechando un tablero arañado en la piedra.

Son los propios aldeanos quienes se encargan de repararla, de mantenerla limpia, de vigilar que el tejado no tenga goteras, de que las lámparas estén llenas de aceite y de que las vestiduras del altar y las ropas talares estén limpias y arregladas.

La iglesia proporciona seguridad. Todos se aprestan a protegerse dentro de sus gruesas paredes y sólida puerta si alguien ataca la

aldea. Todo se tiene en cuenta cuando se edifica: las estrechas ventanas pueden funcionar como saeteras para arrojar flechas y el campanario, como una torre defensiva y atalaya de vigilancia.

Lo cierto es que la ligazón de esta gente con el edificio va más allá de su propia vida, pues dentro de este se hacen enterrar, y cuanto más cerca del altar, mayor es la categoría del difunto. La creencia es que deben permanecer allí, junto a sus antepasados y convecinos, en espera del juicio final y la resurrección de la carne.

Como la mayoría de los feligreses no saben leer, la Iglesia recomienda que la religión se haga presente en formas y colores. Así, las paredes de muchos de estos templos aparecen cuajadas de escenas bíblicas, tanto pintadas como talladas en lo alto de las columnas o en forma de santos, cristos y vírgenes labrados en madera o piedra. En la entrada, para que aquel que ingresa en la casa de Dios lo tenga siempre presente, se representa muchas veces el juicio final. En una disposición jerárquica y ordenada de figuras de diversos tamaños, suelen estar el propio Dios, los evangelistas, los ancianos del Apocalipsis, los ángeles, etcétera. Todo esto, con el fin de recordar a los feligreses de manera permanente (por algo se esculpe en piedra) que la vida en la tierra es temporal, caduca y que el verdadero sentido se encuentra en la segunda venida de Cristo y el juicio final. El interior es casi siempre oscuro y se encuentra iluminado tan solo por pequeños ventanales, a veces cubiertos por finas láminas de alabastro translúcido, y por la luz de unas pocas velas o lamparillas. El incienso, si la comunidad puede permitírselo, aromatiza el ambiente y favorece el contacto con la divinidad.

La mayor parte de los feligreses participan de la misa de pie, pues no hay asientos más que para los ancianos o lisiados. El resto observa parado o de rodillas mirando al párroco, que oficia la misa en latín, un idioma que la mayoría de ellos no comprende y que aleja el momento litúrgico de la cotidianidad prosaica de las lenguas vulgares.

El encargado de la cura de las almas, es decir, de su cuidado (de ahí el nombre: cura), es el párroco, uno de los pocos personajes letrados de la comunidad, que en muchos casos es también originario de la misma. El cura se encarga de los oficios litúrgicos y de instruir a los miembros de la parroquia en los rudimentos de la fe, lo que explica en su lengua vulgar y, si sus conocimientos se lo permiten, en qué consiste la misa. Les enseña el credo, el padrenuestro, los diez mandamientos, los pecados capitales y las virtudes teologales. Tiene pocos libros, pues estos son extraordinariamente caros y muchos ni siquiera disponían de una Biblia completa y debían apañárselas tan solo con los evangelios o determinados libros de la Sagrada Escritura.

El cura es, además, alguien importante en la aldea, al que casi todos respetan y escuchan. Vive en una casa que le han destinado, en la que, si se trata de una parroquia bien abastecida, también residen su ama de llaves y su sirviente. Su manutención proviene de las rentas comunes de la aldea, del diezmo que los feligreses entregan en especie, en forma de grano, huevos, animales o pan, y que se guarda en un granero destinado a tal efecto. Además, recibe un pago en moneda en determinadas ocasiones y cobra una pequeña suma por los bautizos o los entierros.

Vivir en la ciudad

~ Siglos xiii-xv ~

La vida de los medievales es eminentemente rural, pues la mayoría de la población vive en el campo. No obstante, a lo largo de esos mil años, el hombre se vio inmerso en una de las más espectaculares revoluciones urbanas, ya que el comercio y la industria hicieron crecer algunas ciudades medievales a un ritmo vertiginoso.

Adentrémonos en los siguientes párrafos en una urbe prototípica de la Italia de los siglos xii o xiv, como la que podemos observar en la Alegoría del buen y del mal gobierno, del pintor Ambrogio Lorenzetti, obra creada entre 1338 y 1339.

Es el mes de agosto. La localidad está repleta y bulliciosa. Por una de las puertas, la que da al sur, entra un rebaño con ovejas para ser esquiladas. Una vez recogida la lana, irá a parar a las manos de los mercaderes que la lavarán y la enviarán a las ciudades del norte, allí donde hablan bajo alemán, para que, en esas ciudades aún más bulliciosas, hagan esos maravillosos paños de lana de colores vistosos que tan bien protegen del frío. Las calles también están llenas de recuas de mulas cargadas de trigo. Ha sido una buena cosecha y los mercaderes están ávidos de comprar el grano y guardarlo hasta que suban los precios.



«Consecuencias del buen gobierno en la ciudad», un fragmento de la Alegoría del buen y del mal gobierno, de Ambrogio Lorenzetti.

Sobre los tejados, en una casa situada justo detrás de otra adornada con azulejos vidriados, unos albañiles hacen equilibrios sobre un alto andamio mientras suben capazos con argamasa y ladrillos para elevar los muros de una, ya de por sí, alta torre. Las casas crecen a lo alto y las callejuelas son cada vez más estrechas. La ciudad se amplía a buen ritmo gracias a los inmigrantes que llegan del campo. Hay incluso quien dice que «el aire de la ciudad hace hombres libres». Lo cierto es que parecen demasiados, ¡ya casi no caben! El otro día un frailecillo de san Francisco dijo que deben ser unas veinte mil almas. ¡Qué barbaridad! Los ricos y los nobles construyen altas torres adornadas con estuco y relieves para hacerse notar. Las engalanan con plantas y endulzan el bullicioso griterío del exterior con algún pajarillo que guardan en una jaula de mimbre junto a la ventana.

Desde los altos balcones, se puede observar el edificio de la catedral, emblema de los habitantes de la ciudad, que se alza orgullosa, encrespada en ese estilo francés que algunos ya empiezan a mirar con recelo. El griterío por las calles es ensordecedor. Se vende de todo. Zapateros, cordeleros, librerías, panaderos, carniceros, cambistas, frailes mendicantes predicando a pleno pulmón o bribones cortadores de bolsa. Todos tienen su sitio bajo

algún soportal o andan camuflados entre las multitudes que abarrotan las callejuelas.

El maestro intenta dar la lección desde su atril a los inquietos jóvenes. Es difícil enseñarles latín y las bellas letras en estos tiempos, ya que solo piensan en divertirse, hacer travesuras y perseguir a muchachitas.

La gente de la ciudad está inquieta y alegre. Ya faltan tan solo unos días para que comience la feria. Llegarán mercaderes de toda la cristiandad e incluso de más lejos. Habrá justas y torneos, la gente lucirá sus mejores galas y las bellas monedas de oro relucirán al sol.

Está a punto de empezar la gran fiesta de la ciudad medieval.

La casa en la ciudad

En general, las ciudades medievales suelen carecer de un trazado de calles ordenado, pues están pensadas para transitar a pie. Los callejones son estrechos, por lo que los carros lo tienen difícil para transitar y las recuas de mulas resultan mucho más prácticas. Las casas se construyen lo más pegadas a las del vecino que se pueda y se busca siempre que se adhieran a algún fuerte muro de piedra, para así obtener cobijo y ahorrar la construcción de alguna pared.

Estas crecientes urbes, como ocurre hoy en día, son siempre un buen ejemplo de los contrastes sociales. Si en la aldea las diferencias entre los vecinos resultan casi siempre pequeñas, en las calles de la gran ciudad aumentan de manera sustancial y la vivienda es quizá el mejor ejemplo de ello. Observemos la casa de un artesano, espacio típico del ámbito urbano medieval. En esta, el encargado de su construcción es normalmente un carpintero, está elaborada con madera (que, durante buena parte de la Edad Media, es un material barato) y tiene una fachada estrecha que da a la calle. La estructura está compuesta de maderos encajados en un zócalo de piedra o ladrillo, y los huecos entre las vigas se rellenan con cañizo entretejido cubierto con barro y después se encalan. No obstante, puesto que la madera representaba un enorme riesgo de incendio en estas aglomeradas poblaciones, poco a poco se fue imponiendo la construcción en ladrillo, especialmente en el sur de Europa, ya que también era barato y no exigía de una mano de obra altamente cualificada.

Del tejado se suele encargar un artesano especializado llamado «techador» y se construye normalmente a dos aguas, con techado de planchas de madera o de paja. Las ventanas rara vez tienen vidrios;

de hecho, cuando se colocaban, solían ocupar tan solo una pequeña parte de la ventana y que formaban un entramado de pequeñas piezas de vidrio dado su elevadísimo precio. Era más frecuente que estos espacios estuviesen cubiertos por un bastidor de tela untado de aceite a fin de dejar pasar mejor la claridad y resguardar el interior del viento. A su vez, estas ventanas se protegen con contraventanas de madera y en el exterior, para aquellas que dan a la calle, se elabora un enrejado erizado de pinchos que sirve como eficaz barrera para los amigos de lo ajeno. Como nota de color, podemos ver en diversas obras de arte que adornan los alféizares de las ventanas con flores y pájaros cantores en jaulas de mimbre.

Las plantas superiores suelen ocupar más espacio que las inferiores, por lo que la vivienda tiene un voladizo que sirve a la vez para proteger del sol y la lluvia al caminante. En la planta inferior se ubica el taller, con una apertura que da a la calle y que hace la función de la tienda. La siguiente planta es donde se encuentran las habitaciones de uso y los dormitorios del artesano y su familia. El desván se reserva como almacén de los materiales necesarios para el taller y de la mercancía elaborada, y para alojar a los aprendices.

Las viviendas de las clases populares son pequeñas casas de pobre calidad elaboradas con madera y tapial o bien una o dos habitaciones insalubres en un inmueble mayor. En estas casas de vecinos, verdaderas corralas, se hacina gente humilde incapaz de pagarse un mejor alojamiento. Los alquileres suelen ser de un año la mayor parte de las veces. Asimismo, se daba el caso, al igual que hoy en día, de gente recién inmigrada a la ciudad que rentaba pequeñas habitaciones compartidas. Debido al mencionado riesgo de incendio, se aconsejaba que en estos pequeños apartamentos no hubiese cocina, por lo que sus habitantes deben abastecerse en los puestos callejeros.

Los pobres habitan en calles peligrosas y barrios poco frecuentados por las élites, por lo que las ansias de ascenso social se podían

encauzar fundamentalmente entrando a formar parte de clientelas de magnates poderosos. Aquellos que habían tenido algo más de suerte vivían en habitaciones más grandes y más decentadas, aunque se trata, generalmente, de viviendas de alquiler. Dentro de estas casas suele haber dos habitaciones principales, la sala y la alcoba. Asimismo, y a diferencia de las clases populares, tenían cocina, que se ubica o en el patio o en la parte superior de la vivienda, puesto que se trata de espacios en los que no hay tanto riesgo de propagación de las llamas en caso de incendio, puesto que estas tienden a ascender, lo que permitiría la huida de los habitantes.

En cuanto a las casas de las élites urbanas, por lo general se construían con piedra, muy lujosas y grandes. Con el tiempo, los incómodos castillos urbanos fueron sustituidos por grandes viviendas de amplia fachada, que se decoraban con relieves, escudos, animales tallados en piedra, enrejados de herrería, faroles y columnas de mármol en las ventanas. La planta baja que da a la calle suele estar ocupada por tiendas, en las que desarrollaban su labor artesanos que pagaban un alquiler al propietario del edificio. No obstante, hay que decir que en algunas ciudades, especialmente en el norte de Europa, la división en lotes de las parcelas durante el siglo xiv hizo que en estos lugares se edificasen viviendas cuya fachada era similar a la de otras gentes más desfavorecidas. En estos casos, como bien podemos ver en la pintura flamenca de los siglos xv y xvi, los lujos de los ricos y las carencias de los pobres se ponían de manifiesto en el interior de la vivienda. A pesar de lo que podría parecer, no se trata de residencias con muchas habitaciones y la disposición de estas suele ser la habitual en la Europa de este tiempo: una sala a cuyo costado se ubica una alcoba.

Pasemos ahora a describir en detalle la vivienda de un importante mercader que nos encontraríamos, por ejemplo, en la Florencia del siglo xiv o en la Salamanca del xv. La entrada de la calle se guarda con una gran puerta de sólida madera, reforzada con vigas y grandes clavos de metal, y se cierra mediante un gran cerrojo de hierro. Ninguna precaución es poca en estas ciudades repletas de

delincuentes y enemigos de la familia. Franqueada esta, pasaríamos al vestíbulo, un espacio ubicado entre la puerta de entrada y la vivienda propiamente dicha, donde los invitados o clientes esperan antes de pasar. Tras este lugar, se pueden hallar otros, como la sala de armas, donde se guardan las herramientas de combate del caballero. Asimismo, cerca de la entrada encontramos unos grandes espacios, normalmente en el subsuelo o bien en la planta baja, a veces subterráneos o semisubterráneos, abovedados y con acceso a un patio interior, para el resguardo de las provisiones de la familia, es decir, una bodega. Allí se almacena desde el vino o el pan que se consume en casa hasta los jamones, chorizos, legumbres, etcétera, todos aquellos productos necesarios para la alimentación y el sustento general de la familia. Se intentaba, en la medida de lo posible, ubicar estas habitaciones en lugares frescos y secos. En las viviendas más grandes, aparecen espacios de características similares donde se guarda la leña, el ganado o se almacena y realiza el vino. Si seguimos avanzando nos encontraremos con un patio interior que aparece en muchas ocasiones porticado, en torno al cual se articula la vivienda y que sirve como espacio de tránsito, esparcimiento, de paseo y a veces como cocina.

En aquellas ciudades, como por ejemplo Venecia, en las que las carencias de espacio debidas a la aglomeración urbana no permiten este tipo de recintos, la gente toma el fresco en unos ambientes denominados, en la Italia tardomedieval, *loggie*, *termanza* o *altane* (es decir, ‘azoteas’), que pueden verse bellamente retratados en la obra de Carpaccio *Milagro de la reliquia de la cruz en el puente de Rialto*.

En la planta baja se suelen ubicar las alcobas que, si no hay tiendas en la fachada exterior, lo habitual es que den a la calle. El primer piso, la planta noble, contiene las habitaciones principales de la vivienda: la sala de armas, el despacho del dueño y, principalmente, una gran sala que va a dar a la fachada exterior que sirve como espacio para las reuniones solemnes, aunque también es usual encontrar dormitorios. En estos encontraríamos una cama, cubierta por una colcha y, con mucha frecuencia, cojines. Junto a esta, se

colocan los arcones o cofres para la ropa. Puesto que es frecuente que las alcobas se hallen animadas durante el día, suele haber también un buen número de pequeños muebles de asiento destinados a visitas que pueden pasar allí largo rato charlando.



Milagro de la reliquia de la cruz en el puente de Rialto, pintado por Vittore Carpaccio hacia 1496.

Puesto que la mayor parte de Europa está situada en un área climática en la que los inviernos son extremadamente duros, se hace necesario contar con algún mecanismo que permita caldear las casas. Para ello, la principal herramienta con que ha contado el ser humano a lo largo de los siglos es el fuego. En las ciudades

medievales, había diversos mecanismos para calentar las viviendas, desde el hogar donde se preparaba la comida hasta los clásicos braseros (recipientes de metal en que se colocaba una mezcla de carbón vegetal molido que no llegaba a formar llama) y, sobre todo, las chimeneas, que aparecen en torno al siglo xiii, pero que se popularizarán a partir del xv, aunque suelen circunscribirse al ámbito de las élites. En los meses de invierno, la mayor parte de la vida se desarrolla en aquellas habitaciones que cuentan con algún sistema de calefacción.

El círculo familiar

La familia medieval se extiende por la vía de los linajes, esto es, el conjunto de individuos descendientes de un antepasado masculino común, que, con el tiempo, harán del apellido la denominación del grupo.

Aunque el núcleo de la familia lo componen el marido, la esposa y los hijos (por ejemplo, un estatuto boloñés de 1287 indica que la familia es el grupo constituido por padre, madre, hermanos, hermanas y nueras, lo que entenderíamos como una clásica familia patriarcal), la realidad familiar en las ciudades del Medievo es mucho más compleja. De hecho, es normal que en la misma casa residan los abuelos, las familias de varios hermanos, familiares viudos, célibes o primos.

■

Los muebles de la casa

En las casas medievales había pocos muebles destinados a cubrir las necesidades básicas de los propietarios, y en general no tenían en cuenta la comodidad ni la ergonomía. Los muebles se construían a partir de fuertes armazones ensamblados de manera sencilla y la tipología del mobiliario era reducida.

Por un lado, encontramos los arcones, de tapa plana o con tapa abovedada si se empleaban para viajar y se les podía añadir un

respaldo y apoyabrazos para convertirlos en una banca. En estos muebles se almacena de todo, desde ropa o zapatos hasta cubiertos u hogazas de pan. La ropa no se guarda doblada, sino enrollada sobre flores para perfumarla. Otro mueble de almacenaje importante es el aparador, en el que la familia colocaba y exhibía algunas posesiones valiosas como la vajilla.

A la hora de sentarse, la tipología tampoco es muy variada. Son frecuentes taburetes y sillas de tijera, a las que, a veces, se añade un respaldo. Los más pudientes pueden permitirse anchas camas a las que desde el siglo

xiii

se les añade un dosel, que rodea el lecho y sirve para proteger del frío. Como dato curioso, era frecuente que en los hogares más pobres los muebles fuesen alquilados.

■

El poder pertenece al padre de familia, papel que se va a ir consolidando en las diversas legislaciones a partir del siglo xii. Esa autoridad la ejerce tanto sobre los hijos como sobre la mujer e incluso las nueras, además de ser el único administrador legal de las posesiones de la familia. La madre, muchas veces sometida de manera brutal (de hecho, no es raro que los moralistas recomienden golpear a la esposa), ejerce su papel básicamente en el ámbito del hogar. Cuando el marido no está, en ella recae la misión de gobernar tanto a los hijos como a los servidores domésticos y administrar los bienes familiares. Otra parte de la familia la constituye la servidumbre doméstica, aunque durante esta etapa histórica es mucho menos numerosa de lo que será en la época moderna, pues solo aquellos más ricos pueden permitirse tener varios criados.

Otro grupo importante ligado a la familia es el compuesto por

aquellas personas ajenas a esta, pero que constituyen una parte importante del entramado de relaciones familiares: los amigos. Estos ocupan el lugar inmediatamente posterior al de los familiares y las relaciones que establecen con los miembros de la familia son sólidas, fieles y animosas, siempre dispuestos a prestar cualquier tipo de apoyo en un momento de necesidad. Dentro del grupo de amigos, el papel principal lo ocupan aquellos que asumen el cargo de padrino, pues esta costumbre genera vínculos que añaden el parentesco espiritual a los vínculos de amistad.

También hay que tener en cuenta el grupo de vecinos, que forman parte de manera absolutamente imbricada de la cotidianidad de las familias. A esto, por supuesto, los predispone la cercanía. Asimismo, no es extraño que a partir de esta proximidad se forjen lazos de amistad ajenos a la clase social o el nivel económico.

Adherido a los grupos anteriormente mencionados y especialmente presente entre los más poderosos están aquellos que podríamos denominar «clientes», que forjan un vínculo con el cabeza de una familia poderosa, que ejerce como su patrón y que a cambio de la lealtad les permite obtener diversos beneficios y, por supuesto, protección. Estos clientes aparecen en textos y pinturas revoloteando en torno a los poderosos en busca de favores o entregando regalos. En caso de necesidad, como ocurre con los enfrentamientos entre grupos de élite urbanos durante la Baja Edad Media, estos clientes llegarán a conformar verdaderos ejércitos de secuaces mafiosos.

El círculo familiar se complementa con la pertenencia a otros grupos de solidaridad o amistad como los que en la Italia bajomedieval se denominan *brigate*. En buena medida, están formados por bandas de chiquillos o jóvenes de diversas clases sociales que se agrupan para jugar. Son bandas de amigos, aunque estos grupos acaban derivando en muchas ocasiones en pandillas violentas que se enfrentan entre sí. Por ejemplo, las *brigate Berta* y

Magrone en Florencia, que en 1420 llegaron a enfrentarse furiosamente. También encontramos grupos de mujeres, las brigate de jovencitas, que se hacen compañía, se protegen e, incluso, como puede leerse en la vida de santa Verdiana, pueden llegar a formar un grupo de peregrinas.

La tienda y el taller

En su obra sobre el Grial, Chrétien de Troyes describe al caballero Gawain observando maravillado a los comerciantes y artesanos de una villa. Allí admira los bancos de los cambistas repletos de monedas de oro y plata, a los artesanos que hacen yelmos, lórigas, sillas de montar, escudos y espuelas. Otros golpean las telas en el batán, otros las tejen y otros más las peinan o las tunden. En otro lado ve a los joyeros y plateros que labran bellas copas, vasos, escudillas, joyas engastadas en esmaltes, anillos, cinturones y broches. Sigue el personaje su camino deslumbrándose con los productos que encuentra en cada puesto: cera, pimienta, pieles de armiño y grises. Como cualquier paseante actual en un centro comercial, se va deteniendo en cada puesto a curiosear las mercaderías hasta que llega a su destino. El mundo que describe el autor francés no es imaginario y refleja muy bien todo aquello que vamos a describir a continuación.

El progresivo aumento de población en las ciudades medievales estimuló el desarrollo de importantes comunidades de artesanos que solían buscar la misma calle o barrio dentro de la urbe para ejercer su oficio. Orientarse era fácil, pues las calles solían recibir el nombre del oficio que se desarrollaba allí. Cada uno ocupa el lugar que le corresponde y los negocios se sitúan en las partes de la ciudad más convenientes. Por ejemplo, los herreros, que viven principalmente de fabricar clavos y herraduras y de cambiar estas últimas, se suelen situar junto a las puertas y en los caminos principales que atraviesan la localidad. Cerca de ellos es probable que se instalen, siguiendo las resonancias de los martillos sobre el metal, los que fabrican armas y armaduras, ya que los primeros son quienes les suministran el hierro y el acero. Asimismo, los curtidores, que necesitaban grandes cantidades de agua y cuya labor era muy maloliente, se ubicaban junto a los ríos. No obstante,

los zapateros, igual que los armeros con los herreros necesitan de la materia prima de los primeros, prefieren situarse a una distancia prudente. A su vez, los carniceros ubican sus negocios cerca de los muros, fuera de la ciudad, debido a que su oficio también generaba malos olores. El resto de los oficios, como los anteriores, se sitúan lo más cerca posible de aquellos lugares donde su producto fuese demandado. Por ejemplo, si hay una universidad, es probable que los libreros estén cerca.

■

El gremio

Lo que entendemos hoy en día como gremio surge en Francia en el año 1135. En concreto, con el gremio de zapateros de Ruan. La necesidad de organización que exigía el rápido desarrollo económico de los últimos siglos de la Edad Media hizo necesaria la creación de este tipo de agrupaciones cuyo objetivo era la defensa de unos intereses comunes. Los estatutos de los gremios les otorgaban control sobre su oficio y todo trabajo externo estaba prohibido. Los trabajadores se dividían en aprendices, obreros u oficiales y maestros.

La edad en que los jovencitos ingresaban en el taller rondaba los seis años, momento en el que entraban como criados del maestro, que los alimentaba y les enseñaba a cambio de sus servicios. La autoridad del maestro en el taller suplía a la del padre. Una vez concluida la etapa formativa, el aprendiz se convertía en oficial y trabajaba para el maestro a cambio de un salario. Si el oficial deseaba abrir su propio negocio, necesitaba pagar al gremio una fuerte suma y realizar una pieza que demostrase que poseía total dominio del oficio, la obra maestra.

■

Si bien al comienzo de la Edad Media los intercambios comerciales eran escasos, la etapa final de este período experimentó un auge sin precedentes. Si tuviésemos la suerte de poder adentrarnos en una de estas ciudades del siglo xiii o xiv, podríamos observar que se vende de todo, desde productos exóticos hasta la propia mano de obra de obreros dispuestos a realizar casi cualquier trabajo. Además, cada mercader es a su vez un vendedor de la mercancía que fabrica.



Las tiendas se abren a la calle mediante un postigo que se levanta de abajo arriba y se sujeta gracias a ingeniosos mecanismos como los que aparecen en el panel dedicado a san José del Tríptico de la anunciación, elaborado por Robert Campin.

En cualquiera de estas ciudades se escucharían sonidos similares como los que describe Guillaume de la Villeneuve en su *Les crieries* de Paris a mediados del siglo xiii:

Por la mañana —dice— se pregonan las virtudes de los baños calientes y los arenques frescos y en salazón. Los patos y los pichones en escabeche, salsa de ajo, puré de guisantes y alubias. Queso de Brie y de Champagne, grasa de ballena, peras y melocotones maduros, manzanas, aceite de nueces, vinagre de

mostaza y de vino. Empanadas calientes para comer en la calle, tortas de haba y flores de sartén.

También se venden tejidos. Abrigos y chaquetas, vestes y sobrevestes y hay quien grita: «¡Sombreros, sombreros!».

Otros claman a pleno pulmón que son capaces de arreglar desde una cuba a un pantalón roto. El fraile franciscano pide limosna, otros piden para los monjes agustinos o para los prisioneros hambrientos. Un ciego vocifera pidiendo su donación.

Otros compran latón, hierro viejo, ollas y sartenes viejas dando gritos que nos resultarían familiares: «¿Quién vende hierro viejo?».

Venden vinos buenos, malos y peores. Avellanas, castañas de Lombardía, higos de Malta y pasas llegadas de ultramar.

También se vende jabón.

Si alguien acaba de morir, se escuchará gritar «¡Reza por su alma!», mientras el que grita agita una campana por las calles.

¡Carbón para calentarse a un dinero el saco!

La catedral, proyección de la ciudad hacia los cielos

Si la iglesia parroquial es la cabeza de la aldea, la catedral es el corazón de la ciudad. Es donde se encuentra el trono del obispo, su cátedra, y lo que define a una ciudad como tal. Es, por tanto, el centro de la diócesis, un edificio religioso, de gobierno, pero también mucho más.

Durante la Edad Media, estas altas iglesias elaboradas con piedra y cal cobijaban casi todas las facetas de la ciudad dentro de sus muros. Son, como afirma un especialista en este tipo de edificios, «la gran plaza cubierta de la ciudad medieval». Por ello, debemos imaginárnoslas bulliciosas, repletas de gente de todo tipo: desde mendigos que claman por una moneda hasta perros y gatos que vagabundean por entre las naves o delincuentes que se refugian en su interior de la justicia civil aprovechando el «asilo en sagrado»; desde estudiantes que acuden a clase en el claustro hasta gremios y cofradías que utilizan las capillas con el santo patrón del oficio para llegar a acuerdos comerciales; mercaderes que hacen del claustro del edificio el lugar idóneo para organizar ferias; ganaderos que llevan a sus ovejas o sus caballos a ser bendecidos por algún santo; procesiones que transitan recorriendo el interior del edificio, gente paseando y charlando e incluso jugando a la pelota; y también peregrinos que visitan las reliquias y, por supuesto, religiosos que ofician misa y clérigos que cantan en el coro. En sus puertas se administra justicia y sobre sus muros se apoyan casas y negocios como si fueran parásitos de un animal gigantesco. En definitiva, la catedral era el orgullo de los ciudadanos, pero también su ágora.

Su edificación constituía un verdadero prodigio de técnica que

sintetizaba los saberes arquitectónicos del momento. Los responsables de su construcción solían ser unos pocos trabajadores altamente especializados. Por ejemplo, sabemos que hubo momentos en que la erección de la catedral vieja de Salamanca fue responsabilidad de tan solo veinticinco obreros. Por eso, el camino hasta su finalización solía ser extraordinariamente lento, con largos períodos en que la obra se detenía durante mucho tiempo para, posteriormente, cuando de nuevo había recursos, volver a arrancar. Los artesanos medievales fueron capaces de ir solucionando los problemas estructurales hasta hallar la manera de construir esos grandes prodigios que son las catedrales góticas, en las que el peso de la construcción se distribuye tan hábilmente que se cuajan de grandes ventanales para convertirse en una alabanza a la luz. De hecho, tenemos la suerte de conservar algunos pergaminos con dibujos detallados de partes de una catedral, como los de Villard de Honnecourt, en los que podemos contemplar los notables conocimientos de geometría que poseían estos artesanos.

Los maestros de obras, que suelen estar muy bien pagados, eran los encargados de dirigir la construcción y de revisar que todo se desarrollase de manera apropiada. Sus nombres, por lo general, se han perdido, aunque algunos han llegado hasta nuestros días, como los del famoso maestro Mateo de la catedral de Santiago, el maestro Esteban, también en Santiago y en San Isidoro de León, Hughes Libergier en Reims o Pierre de Montreuil, responsable de la finalización de la Sainte Chapelle en París. Sus personas se hacen presentes, a ojos del espectador avezado, a través de inscripciones en el vano de una ventana, el techo o en casos excepcionales, como la catedral de Reims, dentro de un laberinto en el suelo, formado con losetas de diferentes colores donde aparecen representados los maestros de obra, entre ellos el famoso Dédalo, considerado uno de los fundadores del arte de la arquitectura.

■

Las marcas de cantero

Estas marcas, a diferencia de la creencia popular que las asocia a significados ocultos y, a veces, esotéricos, tenían un origen mucho más prosaico.

Puesto que los canteros trabajaban elaborando piedras a destajo, es decir, cobraban en función del número de bloques de piedra que hubiesen realizado en una jornada laboral, estas señales eran una herramienta eficaz para calcular el monto que se debía pagar a cada artesano.

Los motivos que se pueden encontrar en este tipo de marcas son muy diversos y van desde figuras sencillas hasta complejos ideogramas. Con la aparición de la masonería, se quiso ver en estas marcas elementos identificativos de sociedades secretas de librepensadores que se movían por la «oscura» Europa medieval.

■

Construir una catedral requería enormes cantidades de piedra. Por ello, se solía utilizar material procedente de alguna cantera cercana que se cortaba en bloques manejables y se transportaba hasta la obra en carros tirados por bueyes. Asimismo, cuando se trataba de construir un edificio nuevo en sustitución de otro más antiguo, se desmontaba la catedral anterior para aprovechar tanto el lugar como los materiales.

La catedral se va alzando hacia el cielo como si fuera un esqueleto. Los obreros van colocando las piedras sobre cimbras de madera para, una vez que estén unidas, retirar los armazones. Asimismo, para construir estos altos edificios, se utilizaban todo tipo de tecnologías novedosas con el fin de facilitar la labor de los operarios, como por ejemplo grúas, capaces de levantar grandes

pedras y conducidas con precisión por hombres que caminaban dentro de una gran rueda o de gigantescas poleas. A partir de obras de arte como las Cantigas de santa María, de Alfonso X, podemos ser espectadores privilegiados de todo este proceso, desde el transporte de la piedra a la construcción de las cimbras, el labrado de la piedra o la realización de los arcos, así como de los problemas y accidentes que con tanta frecuencia se producían.

Mala vida y violencia en los callejones de la gran ciudad

La Edad Media fue un tiempo peligroso. La dificultad que tenía la autoridad para hacer cumplir la ley hacía que las rutas, los bosques y las aldeas estuvieran plagados de salteadores de caminos, ladrones de poca monta, estafadores, violadores y toda una ralea de gentes de mal vivir. La ciudad no era una excepción a esta regla y, si bien las autoridades locales intentaban permanentemente acabar con estas plagas, lo cierto es que las grandes urbes estaban especialmente infestadas con toda una caterva de personajes dispuestos a estafar, robar e incluso a asesinar a cualquier incauto.

Las calles de ciudades bulliciosas como París o Londres estaban repletas de ladrones, cortadores de bolsa, estafadores y mendigos que se hacían pasar por lisiados, por enfermos que fingían haber sido curados de la rabia por san Huberto, por falsos enfermos de epilepsia, por supuestos peregrinos a Compostela, por soldados veteranos que mendigaban intimidando con la espada al costado e incluso por aquellos que engañaban con las provisiones de la urbe. Buena parte de estos delincuentes, asesinos y malandrines se agrupaban en grandes corporaciones presididas por el grand coësre o rey de matones, que solía estar secundado por sus lugartenientes, llamados en París «duques». Este tipo de delincuentes acabará recibiendo el nombre de «corte de los milagros», ya que, tan pronto como volvían a sus casas, se recuperaban de sus males. Por otro lado, utilizaban su propia jerga gremial o germanía con objeto de poder comunicarse sin que ni las autoridades ni sus víctimas se percatasen de sus intenciones. A los anteriores, habría que añadir, en tierras alemanas, a los raubritter (o «caballeros ladrones», término acuñado y popularizado a finales de la Edad Moderna), señores feudales que, haciendo abuso del poder concedido, se dedicaban a atropellar a quienes pasaban por su territorio y

llegaban incluso a caer en el bandidaje, utilizando a sus secuaces para asaltar o secuestrar a cualquier mercader, peregrino o viajero en general que atravesase sus tierras.



El legendario raubritter Epplein von Gailingen (1311-1381)
durante su huida del castillo de Núremberg, en un grabado del siglo

xix

de Franz Trautmann.

Para combatir la delincuencia, tanto dentro del casco urbano como en los alrededores, las gentes de las ciudades se dotaban de cuerpos armados que en las urbes castellanas se denominaban «hermandades» y que estaban dirigidas por personajes como el preboste de París o los alguaciles, denominados constables en Inglaterra. En todos los casos se trataba de una pequeña tropa de locales reclutada con objeto de perseguir a los delincuentes.

Delitos y castigos

Para hallar al culpable de un delito, a falta de pruebas científicas, era decisivo el juramento y la participación de testigos, y tanto el número como la posición social de los acusados solía ser concluyente.

Como aspecto peculiar de este período destacan las famosas ordalías. En estas, el acusado realizaba alguna acción que invocase lo que se consideraba un juicio de Dios, como por ejemplo participar en un duelo con el acusador, introducir la mano en agua hirviendo o caminar sobre fuego. Si el acusado salía ileso, se entendía que quedaba probada su inocencia.

Las penas no buscaban la reinserción del acusado, sino la reparación de la parte agraviada. Por ello, los acuerdos económicos solían ser una de las maneras en que se resolvían muchos pleitos. Asimismo, las ejecuciones marcaban de forma muy definida los grupos sociales, pues las clases altas solían gozar del privilegio de ser decapitados en privado, mientras que a los reos de las clases populares se los ahorcaba en público. Los castigos más truculentos, como el descuartizamiento o las mutilaciones, solían reservarse para delitos como la traición o la rebelión.

El castillo y el palacio del señor

~ Siglos xi-xiv ~

En la lámina de agosto del libro iluminado del siglo xv *Las muy ricas horas del duque de Berry*, se puede contemplar a un noble, tal vez el propio duque, acompañado de un séquito de damas y cortesanos. Dos de los personajes sostienen sendas aves de presa en las manos y el jinete que va en la delantera sujeta un pajarillo por la cola, a punto de soltarlo, para incitar a los halcones a cazar. El cortejo viene precedido por un criado que camina sosteniendo otro par de rapaces y junto a los caballos corretean dos perros inquietos. Al fondo aparece el castillo d'Étampes, situado al sur de París, que el duque había adquirido recientemente. Junto a este, en una escena idealizada, se puede ver a unos campesinos recogiendo la mies y bañándose desnudos en un río.

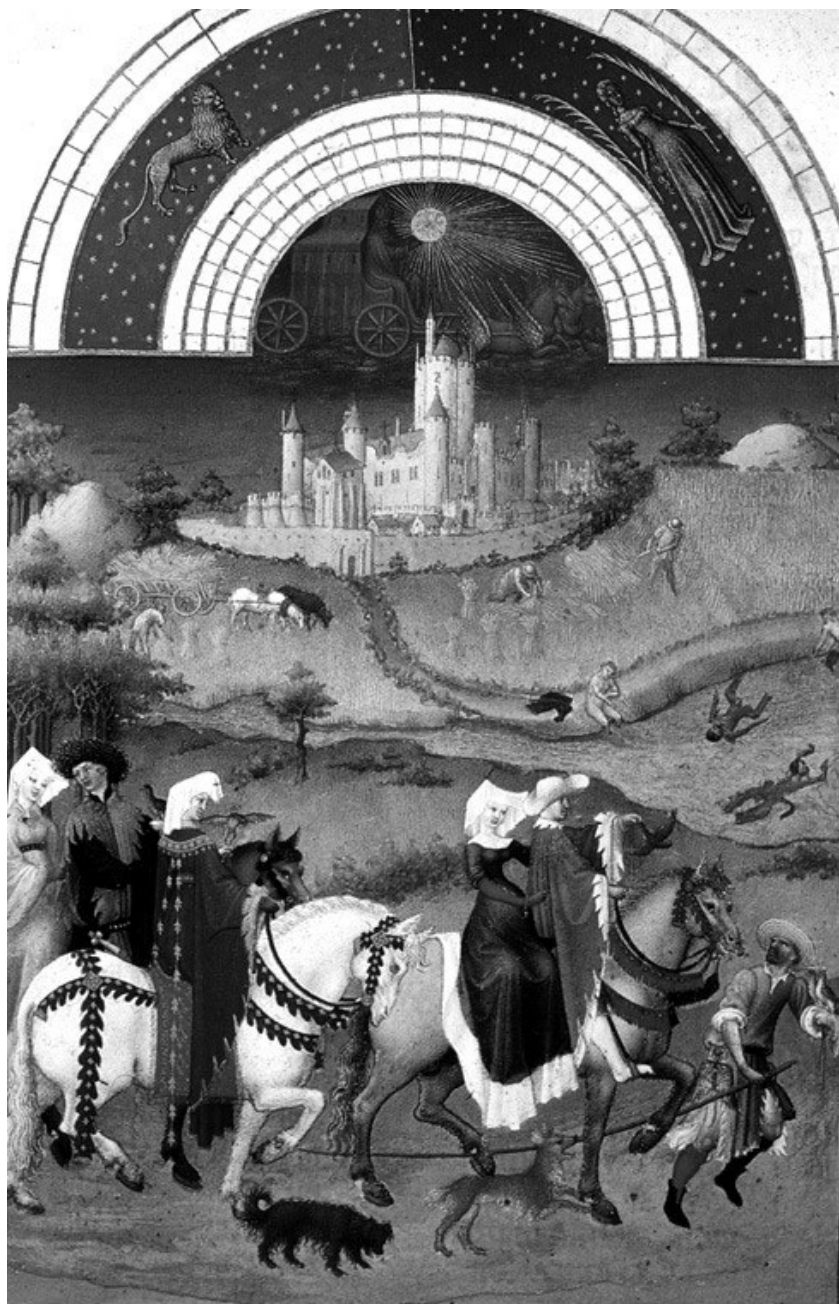


Lámina de agosto del libro Las muy ricas horas del duque de Berry,

del siglo

xv

.

A partir de ilustraciones como la que se ha descrito y de diversos textos, no es difícil hacerse una imagen de la cotidianidad de estos señores. Para ellos, pasar los días entre los muros del castillo era muy aburrido, por lo que necesitaban distraerse y quizá, como podemos ver en la miniatura, salir a cazar con un halcón. Tal vez incluso con un gerifalte llegado de las frías tierras de Islandia, que podía costar una fortuna en buena moneda de oro y plata. Don Juan Manuel afirma en su Libro de la caza que estas aves son más grandes que las del sur de Europa, más ligeras y que cazan con mayor elegancia.

Antes de salir, se preparaba todo lo necesario para la cacería. Las aves se encontrarían en grandes perchas como las que se describen en el Cantar de Mio Cid, atendidas con sumo cuidado como las preciosas joyas que son.

Además del gerifalte, el señor quizá tiene un azor joven, recién mudado, o un viejo halcón sacre. Con ellos caza cornejas, grullas, patos e incluso alguna liebre. Con el recuerdo de los combates en el aire de este bello animal con sus presas, se deleitaría el señor junto al fuego a lo largo de todo el año.

Como puede observarse en otra miniatura, también de los hermanos Limbourg, tal vez la comitiva de este noble atravesase a buen paso sus campos, su reserva señorial. Aunque fuera temprano, los campesinos llevarían ya horas segando, pues cuando llegasen los calores del mediodía sería muy difícil trabajar. El señor se alegraría si las espigas recogidas eran altas y abundantes, ya que así sus

almacenes estarían repletos de buen grano.

■

El día a día en la corte del señor

La vida en las cortes señoriales suele ser monótona y tan solo se anima un poco en determinadas fechas: cuando se convierte en un centro militar desde el que se prepara una campaña, con motivo de una feria cercana, con las fiestas que suceden a la cosecha, cuando el señor se encarga de juzgar o los días en que los campesinos pagan las rentas.

El resto del año, los señores pasan el rato cazando, entrenándose para los torneos, participando en ellos o bien inmersos en alguna de esas innumerables e interminables querellas con algún señor feudal vecino. De estas actividades, su preferida es la caza. Cazan ciervos y jabalíes, osos y lobos, palomas y garzas. A caballo, a pie, con lanza, con arco, con perros y con halcones.

Y las mujeres dedican la vida a actividades más tranquilas como coser y bordar o charlar en los jardines del castillo.

En este mundo cíclico y repetitivo, la llegada de un peregrino o un mercader de tierras lejanas suele ser recibida con alegría y numerosas manifestaciones de hospitalidad caballeresca.

■

Cuando comenzase a bajar el sol, cerca de las vísperas, sería buen momento de regresar a casa. Allí, con la mesa repleta de comida y

los vasos rebosantes de vino, podría rememorar la jornada de caza y, tal vez, mientras observa las armas y el escudo colgados en la pared, recordase el último torneo al que acudió, en las bellas tierras de Champaña.

La vivienda del señor

Durante el período medieval, las élites pudieron disfrutar de una enorme variedad de alojamientos. Entre las torres de madera de época vikinga, los castillos de Normandía, los palacios renacentistas de la Italia del Quattrocento o las casas fortificadas de Inglaterra hay muchas, y obvias, diferencias. No obstante, en este caso, con objeto de dar una visión general, tomaremos una residencia señorial arquetípica: un castillo del siglo xii para, a partir de su análisis, comprender mejor la morada modelo de estos señores.

La fortaleza, por lo general, estaba ubicada en lo alto de un montículo rocoso, cuyas laderas resultaban difíciles de escalar por cualquier atacante. En otros casos se utilizaban profundos fosos de más de 10 metros de profundidad y setos de espinos que dificultaban el movimiento de los atacantes.

El edificio propiamente dicho está compuesto, en primer lugar, por unos fuertes muros denominados «cortinas», en los que hay engastados diversos torreones de forma generalmente cilíndrica, más altos que las murallas, y que se suelen ubicar en los ángulos salientes del edificio y junto a la puerta de entrada para concentrar la potencia de ataque en caso de ser necesario. Su interior está dividido en diversos pisos con suelo de madera y escaleras engastadas en los muros, y en el centro o el lateral de cada piso hay un hueco para que los defensores puedan elevar los proyectiles con poleas. Sobre la muralla, detrás de las almenas, se sitúa el adarve o camino de ronda que rodea el perímetro amurallado y sirve de comunicación entre las diversas torres. En muchos casos, el suelo de estos adarves sobresale unos centímetros hacia el exterior en forma de saledizos, denominados «matacanes», que tienen unas pequeñas

aberturas, con objeto de que los ballesteros puedan disparar de forma perpendicular a los atacantes sin riesgo. Anteriormente, estas estructuras se realizaban en madera, pero lo inflamable de este material dio lugar a que, poco a poco, se reemplazasen por estructuras de piedra.

El punto más vulnerable de la fortaleza es la puerta y es por ello que se pone especial cuidado en asegurarla. En primer lugar, se realiza en madera dura revestida de hierro y se protege con un rastrillo con forma de rejilla de madera que se recubre con planchas de hierro. Además, delante del portón se suele ubicar un puente levadizo que se levantaba con un simple pero eficaz mecanismo de cadenas que se enrollan mediante un torno. Como medida de protección añadida, frente a la puerta y al otro lado del foso se sitúa una pequeña fortificación, denominada «barbacana», que constituía la primera barrera defensiva.

El interior de los castillos acostumbra a ser sencillo y tener una clara vocación de practicidad. Así, tras el primer cinturón defensivo, suele haber un gran espacio donde durante buena parte de la Edad Media se ubican las viviendas y talleres de aquellos que trabajan para el señor: herrero, carpintero, canteros, personal de las granjas, cocineros e incluso algún mercader, de tal manera que se llegaban a formar verdaderas aldeas dentro de la estructura defensiva. Dado lo frágil e inflamable de estas casas, poco a poco se las irá desplazando al exterior del recinto amurallado.

Por supuesto, el edificio principal lo constituye la torre del homenaje, denominada así por ser el lugar donde se desarrolla la ceremonia del homenaje, verdadero centro simbólico del feudalismo, en la que un vasallo jura fidelidad a un señor por medio de una ritualidad preestablecida. Este edificio se ubica, con frecuencia, en uno de los extremos del castillo, normalmente en la parte más elevada y más fácilmente defendible de toda la estructura. Al igual que el resto de las torres, se halla

compartimentada en distintos niveles, cada uno de los cuales tiene una función bien definida.

■

La evolución de los castillos durante la Edad Media

Los primeros castillos medievales eran edificios de madera situados sobre un montículo y rodeados por una empalizada y un foso. Este complejo constructivo servía como recinto defensivo en caso de ataque y como residencia del señor.

Desde finales del siglo x, los sistemas de fortificación se van perfeccionando. La piedra comienza a reemplazar la madera. Los muros se elevan y se hacen más anchos. También se ensanchan los fosos y el trazado de la muralla, y los accesos se perfeccionan para mejorar la defensa.

En los primeros años del siglo xiii aparece el castillo de tipo gótico, caracterizado por poseer un recinto más pequeño y un mayor número de mecanismos defensivos.

En los últimos siglos medievales, el desarrollo de la artillería supuso un serio problema para los constructores de castillos, cuyos conocimientos eran muy valorados. Entre las soluciones ofrecidas por estos, encontramos el uso del ladrillo, ya que absorbe mucho mejor que la piedra los impactos de bala.

■

El acceso al edificio se produce por una puerta ubicada en la

primera planta, a varios metros de altura y por medio de una escalera ligera que pueda retirarse con facilidad en caso de ataque. El primer piso es el principal, donde se encuentra una gran sala que suele ocupar casi todo el espacio de la planta y donde se celebran los banquetes y se reúne la corte del señor. Allí tienen lugar las ceremonias de homenaje y es, asimismo, el lugar donde se administra justicia. Esta habitación suele tener los techos muy elevados y, con el tiempo, las estructuras de madera que lo componen se adornan con pinturas y con bellas estructuras también de madera llamadas «artesonados». Se suele subir a la segunda planta por medio de una estrecha escalera y es allí donde se ubican las alcobas del señor y de su esposa. El tercer y el cuarto piso se dedican a los dormitorios de los hijos y los vasallos o incluso de algunos criados. Por último, la azotea almenada, por ser la parte más alta del complejo, funciona como atalaya desde la que un vigía otea el horizonte en busca de señales de peligro. La planta baja, al contrario de lo que popularmente se cree, no se utiliza como calabozo, sino como almacén donde guardar desde harina o carne salada hasta vino y armas.



Escena de un banquete representado en La verdadera historia de Alejandro Magno, siglo

El interior de estas torres es con frecuencia sencillo y está escasamente amueblado, tal y como puede verse en diversas representaciones iconográficas. La luz entra por estrechas y alargadas ventanas, y se suele aprovechar su ensanchamiento hacia el interior como lugar de asiento, colocando unos poyos de piedra. Allí es donde la señora o las damas observan el exterior, cosen y leen con la poca luz que entra por el vano que a veces se cubre con pergamino engrasado para iluminar y proteger del frío. Debido a la escasa iluminación que se cuela por estas aberturas, es frecuente que el interior de la torre se alumbre con velas de sebo, antorchas o lámparas de aceite. El suelo se cubre, a veces, con esteras de paja entrelazada.

A partir del siglo xiii se extiende el gusto por decorar paredes y techos con vistosos y coloridos motivos geométricos que, junto con los tapices que el señor hubiese podido comprar, dan un toque vistoso a las estancias que contrasta con la imagen generalmente extendida de castillos tétricos de muros de piedra desnuda.

En la gran sala, la gente se acomoda en bancos colectivos y taburetes, un tipo de asiento que se emplea tanto para comidas diarias, banquetes y ocasiones especiales. La mesa se erige a partir de unos caballetes sobre los que se colocan unas grandes planchas de madera que se retiran una vez concluida la comida.

En lo que respecta a las alcobas, predominaban las grandes camas con dosel y los bancos en que se guardan las pertenencias y los ropajes.

La escasez de mobiliario era comprensible si tenemos en cuenta que

buena parte de estos nobles pasan el año desplazándose de uno de sus castillos a otro, en largas procesiones de señores, cortesanos, sirvientes y carruajes. Las mulas y las carretas de cuatro ruedas que se usaban en estos desplazamientos se cargaban hasta los topes con alimentos, bebidas, la ropa de los señores y de los acompañantes, sábanas y colchas, arcones, alfombras y tapices, vajilla, capillas portátiles, camas desmontadas e incluso los vidrios de las ventanas, lo que hacía realidad el dicho de «llevar la casa a cuestras».

El linaje

A lo largo de la Edad Media, se fue forjando una élite aristocrática compuesta por un conjunto de familias que, mediante la gestación de linajes, consiguieron perpetuar y transmitir sus apellidos, así como su riqueza e influencia política. Se trataba de comunidades de parientes con vínculos de sangre comunes e incluso allegados externos. Lo que une a los miembros del linaje es principalmente la solidaridad tanto en el campo de batalla como en los asuntos económicos y, sobre todo, en los asuntos de honor. Esta solidaridad se manifiesta de manera evidente en las venganzas privadas, la famosa vendetta que tiñó de sangre las ciudades y los campos europeos durante todo el período medieval. De ahí la importancia de poseer una nutrida parentela dispuesta a ayudar en caso de necesidad. Así, por ejemplo, entre los frisonos, en el norte de la actual Holanda, existía la costumbre de guardar en casa el cadáver del pariente asesinado hasta que se hubiese ejecutado la venganza, momento en el que, por fin, podía ser enterrado. En la villa castellana de Sepúlveda, por poner otro caso, en pleno siglo xiii, la venganza sobre el asesino de un familiar podía quedar impune simplemente con que el vengador tuviese un tatarabuelo en común con el asesinado.

No obstante, y a pesar de las lealtades debidas entre los miembros de un mismo linaje, los enfrentamientos dentro de estos, de hermanos contra hermanos o de hijos contra padres, fueron frecuentes. Tal es el caso de un caballero de Flandes del que nos habla Geoffroy du Breuil, que, tras ser expulsado de su casa por sus hermanos, pudo contemplar horrorizado como estos asesinaban a su hijo y a su mujer, lo que desató una fuerte represalia. Por casos como estos, la mayoría tenía claro que debilitar el linaje redundaba, en última instancia, en perjuicio para todos sus miembros.

El linaje se hace patente para el entorno a través de símbolos visuales como colores y blasones con los que se adorna casi cualquier elemento imaginable, desde la vestimenta o los estandartes hasta las paredes de los castillos. Asimismo, se recurre a antepasados lejanos o fantásticos con objeto de engrandecer la estirpe familiar. Las grandes genealogías, que tan populares fueron en los últimos siglos de este período, suelen incluir antecesores que pueden llegar incluso hasta la guerra de Troya. De hecho, cualquier elemento del clan que hubiese destacado por su valentía y destreza en el uso de las armas o por su santidad contribuía a engrandecer la estirpe y, como si se tratase de la savia que corre por las ramas de un gran árbol, redundaba en el prestigio de todos los miembros de la familia. Tal vez por ello, el linaje también funcionaba como una especie de juez colectivo de la moralidad y los comportamientos de sus miembros. El miedo a deshorrar y manchar a la familia suele estar presente en la mente del hombre medieval, en los momentos más delicados de la vida. De esta forma piensa el legendario Roldán del cantar cuando desecha la idea de tocar el cuerno y solicitar la ayuda de las tropas de Carlomagno, por miedo a que ese acto de supuesta cobardía represente una ignominia para toda su familia.

■

Los escudos de armas

Los escudos de armas aparecieron en Europa en la primera mitad del siglo

xii

y, de alguna manera, ha llegado hasta la actualidad en el mundo del deporte, las marcas comerciales, las banderas e incluso las señales de tráfico. Nacieron a partir de la necesidad de los caballeros que, cubiertos de hierro, debían diferenciarse del resto de los combatientes en medio del fragor del combate. Para ello,

comenzaron pintando símbolos sencillos y coloridos en el escudo, que, con el tiempo, se convirtieron en emblemas de la casa familiar. Así, no tardaron en colocar esta insignia en sus pendones, la gualdrapa del caballo, el sobreveste que se colocaba sobre la cota de malla o en labrarlo en piedra y ubicarlo a la entrada de su castillo.

La difusión social de estos elementos heráldicos fue notable y los burgueses de las ciudades no tardaron en utilizarlos, así como los eclesiásticos e, incluso, los campesinos. De hecho, a diferencia de lo que se cree popularmente, su uso no estaba limitado a las élites.

Las reglas para su elaboración eran simples pero estrictas e iban desde los colores al uso de las figuras.

■

Servidores y cortesanos

Junto al señor, su esposa y sus hijos, la «casa» de este incluye a sus servidores y a cualquier persona que lo rodea. En primer lugar está su mesnada, compuesta por los caballeros a su servicio que se encargan de acompañarlo cuando acude a la guerra y de proteger su fortaleza.

El cuerpo de sirvientes está dirigido por el mayordomo, que se ocupa tanto de administrar los bienes y rentas del señor como de dirigir las labores de la servidumbre. Este cargo era de gran prestigio, por lo que en las casas nobiliarias más importantes era frecuente que un noble desempeñase la función. Puesto que la contabilidad de la casa era un aspecto fundamental, desde la Plena Edad Media se trató de llevar las cuentas de la manera más rigurosa y precisa posible. Se contabilizaba, por supuesto, el dinero, pero también el número de animales, la cantidad de grano, de paja o de alfalfa y las reservas de jamones o sal en las despensas del señor. El día escogido para hacer balance podía variar, aunque en buena parte de Europa se llevaba a cabo el día de San Miguel Arcángel (29 de septiembre), conocido por ser el encargado de pesar las almas en el juicio final.

■

La importancia de cortar bien la carne

En la Edad Media, el oficio de trinchador o cortador de carnes y pescados era un puesto importante dentro de las cortes nobiliarias. Dado que todavía no se había generalizado el uso del tenedor,

extraer la carne de un asado era una operación compleja que exigía cierto entrenamiento.

Tal vez por ello, Enrique de Villena, uno de los miembros de la más alta nobleza castellana del siglo

xv

, escribió una obra titulada *Arte cisoria*, en la que se detalla de manera meticulosa el modo en que se deben cortar las aves y los animales de caza o la forma de pelar las frutas. Asimismo, se indican los instrumentos que debe utilizar el trinchador: cuchillos de diversos tamaños o trapos para limpiar la herramienta, que solían estar guardados en un baúl cerrado que el trinchador llevaba consigo.

De este arte, hoy en día casi perdido, tan solo quedan algunos ejemplos que puedan resultarnos familiares, como los profesionales en el corte de jamón o el rito de trincar el pavo, tan popular en Norteamérica.

■

Además de los mayordomos, los nobles fueron acumulando un número creciente de sirvientes que continuaría creciendo una vez finalizado el período medieval. Así, la despensa y la cocina suelen tener su propio personal: cocineros, coperos (encargados de servir la bebida), panaderos, carniceros, los que cuidan las gallinas o los encargados de elaborar el vino y la cerveza, y cada uno de ellos podía contar, a su vez, con ayudantes o aprendices. El señor también puede disponer de carreteros, herreros, palafreneros y mozos de cuadra que se encargan de cuidar los caballos y de transportar a cualquier persona o mercancía que se necesite desplazar. Asimismo, aquellos aristócratas con propiedades de mayor tamaño tienen empleados dedicados específicamente a la mensajería y, en las casas de ciertos señores, también hay un sastre

que se ocupa de realizar y reparar la ropa del señor y su familia, y una persona encargada de lavar la ropa.

Caballeros, justas y torneos

La caballería es, quizá, el elemento más popular y característico cuando se piensa en la Edad Media. No obstante, si bien resulta muy difícil definir lo que es un caballero, podríamos decir, en líneas generales, que se trata de combatientes a caballo, habitualmente pertenecientes a la nobleza que comparten una serie de ideales extraídos, en buena medida, de las novelas de caballerías y los cantares de gesta.

Desde los primeros siglos de la Edad Media, la aparición del escudo y el desarrollo de la técnica de la carga «lanza en ristre» habían hecho de los jinetes capaces de costearse el equipo y un caballo portentosas máquinas de combate. Tal vez debido al alto coste del equipamiento, el fenómeno caballeresco se fue asociando cada vez más con la aristocracia guerrera que dominaba Europa en los siglos centrales del período medieval. Su imagen se engrandeció durante las cruzadas, momento en el que la Iglesia forjó los ideales del buen caballero cristiano de la mano de eruditos como Bernardo de Claraval. Los caballeros serían así el brazo secular del papado en la defensa de los débiles y de la misma Iglesia. Este carácter se reforzó con la aparición de las órdenes militares, como por ejemplo los Templarios o los Hospitalarios (también llamados orden de Calatrava).

Aunado al nacimiento del amor cortés o fin'amor ('amor puro y verdadero' en lengua occitana), se desarrolló un tipo de caballero empapado de romanticismo, idealización de la dama y búsqueda de la aventura, alentado todo ello por los romances y cantares de gesta que circulaban por toda Europa.

Por último, tuvo lugar el desarrollo de una compleja ritualidad que consistía en elaboradas liturgias de investidura con las que se intentaba diferenciar a estos caballeros de los simples combatientes a caballo. En estos rituales, el caballero debía bañarse y velar las armas, instrumentos de su oficio, durante toda la noche. El día siguiente, era nombrado caballero por otro de superior rango mediante la afirmación «Sed caballero» y un golpe en el hombro, el cuello o el rostro (el espaldarazo) con el objeto de que jamás olvidase los principios y deberes que debían regir su vida desde aquel momento. Sirva como ejemplo el caso del conocido como Santiago del espaldarazo, una talla articulada del apóstol elaborada en el siglo xiv que se encuentra en el Real Monasterio de las Huelgas en Burgos. Esta figura solucionaba un problema clásico del mundo de la caballería, ya que, según la tradición caballeresca, solo un caballero de mayor categoría podía armar a un aspirante y, por tanto, se concluyó que únicamente el apóstol Santiago podía hacerlo con los reyes, por lo que fue con esta figura que se armó caballero a Alfonso XI y su mano articulada fue la que golpeó el rostro del monarca.



Miniatura perteneciente al Código Manesse, libro iluminado del siglo

El momento en que la cortesía, la riqueza, la destreza, la valentía y la fidelidad debida a la dama y a su señor se hacían presentes ante toda la sociedad de manera más espectacular era durante los torneos y justas. Los orígenes de los primeros se remontaban al entrenamiento militar de los caballeros y, en el segundo caso, a los duelos judiciales o juicios de Dios. De los primeros tomaron la motivación y las técnicas de combate, y de los segundos, una mecánica ritual que adaptaron al contexto festivo que consistía en retar de manera firme, a veces incluso por escrito, a la celebración de un duelo singular o colectivo en que se dirimiese quién tenía la razón sobre un determinado asunto. El punto de partida de este tipo de espectáculos es tan antiguo como la guerra. No obstante, en el período medieval florecieron de manera notable. De hecho, hoy en día es uno de los elementos que, de la mano del caballero, con mayor frecuencia asociamos con la Edad Media. Tanto en el caso del torneo como de la justa, venían precedidos de toda una vistosa ritualidad. Veamos en primer lugar cómo se organizan y desarrollan los primeros.

■

William Marshall

La palabra flor, además del significado evidente, tiene otro no tan conocido que es el de «parte mejor y más escogida de algo». Cuando hablamos del ámbito caballeresco, hay cierto consenso en considerar a William Marshall como la «flor de la caballería».

Este personaje, nacido en Inglaterra a mediados del siglo

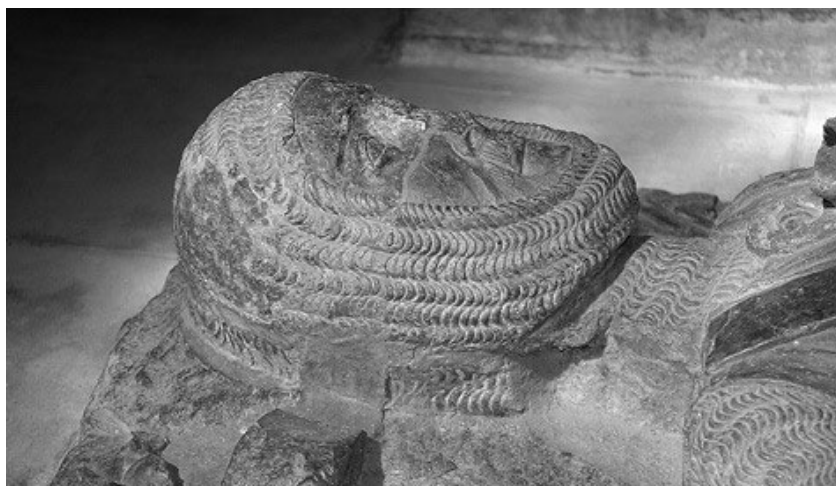
xii

, pudo sobreponerse a unos inicios poco afortunados gracias a su habilidad en los combates de los torneos. De hecho, pasó de ser un

segundón de la nobleza menor a uno de los personajes más importantes de la corte inglesa.

De joven, William descubrió pronto que podía ganarse muy bien la vida gracias a los rescates, caballos, armaduras y premios que obtenía en estos espectáculos. Su destreza era tan notable y reconocida que en su lecho de muerte recordaba haber vencido a quinientos caballeros durante su carrera.

Como si se tratase de los equipos de fútbol actuales, William Marshall llegó a dirigir el equipo de los torneos del rey de Inglaterra o el del conde de Flandes, es decir, los que gozaban de mayor prestigio en la época.



Tumba de William Marshall, en Temple Church, Londres.

■

Los torneos eran enfrentamientos entre dos grupos de caballeros

que combatían con armas romas y despuntadas para no herirse de gravedad y que se solían celebrar en momentos de gran afluencia de gente, como las ferias mercantiles, o como conmemoración de magnos eventos: bodas reales, casamientos, bautizos o el recibimiento de un gran personaje.

Los pasos para la organización del espectáculo y su desarrollo solían ser los siguientes. En primer lugar, el torneo debía ser proclamado y anunciado por harautes que se dispersaban por toda Europa pregonando la fecha y el lugar del torneo e invitando a todos aquellos caballeros aventureros que quisiesen participar. Aunque en los primeros momentos se combatió en lugares abiertos, poco a poco, por comodidad de los espectadores, se fueron construyendo estructuras de madera para delimitar el terreno de juego y ubicar al público y las autoridades. Por ello, antes de comenzar el torneo era necesario construir un tablado denominado «palenque», para lo que se contrataba a un carpintero.

El festejo comenzaba uno o dos días antes de la fecha señalada para la celebración del torneo con vistosos bailes, grandes comilonas y un magnífico desfile de los participantes con sus mejores galas. Durante estos días, se exhibían públicamente los estandartes, los coloridos yelmos y las cimeras de formas extravagantes que habían traído los caballeros que concurrían al evento. En esta práctica, desempeñaba un papel destacado el heraldo o «rey de armas», auténtico experto en heráldica que se encargaba de identificar a los participantes.

El día del torneo, justo antes de comenzar el combate, estos mismos heraldos se ocupaban de pregonarlo y de ir presentando a los caballeros, anunciando su nombre y sus hazañas conforme entraban en la liza. Con el fin de que la pelea fuese lo más equitativa posible, se elaboraban dos equipos iguales en número que se mantenían formados detrás de una cuerda. Tras un breve discurso, las cuerdas se cortaban y empezaba la lucha con una carga masiva a la que

seguía una escaramuza o mêlée de todos contra todos. A medida que la pelea se desarrollaba, los pajes se apresuraban a recoger a los caídos entre los combatientes y los ayudaban a volver a montar en sus caballos. Podemos suponer que la algarabía de estas fiestas debía de ser enorme, pues el griterío de los espectadores animando a sus favoritos se mezclaba con el resonar de las trompetas y las voces de los vendedores.

En estas batallas simuladas participaba un gran número de caballeros. No obstante, si bien se trataba de una buena práctica para la guerra, el equipamiento era diferente del que se empleaba para esta. Se utilizaban armas sin filo ni punta, denominadas «cortesés», para reducir el riesgo de lesiones graves, pero, con todo, los heridos eran frecuentes y no era raro que alguno falleciese por las lesiones ocasionadas durante el espectáculo.

El objetivo era derribar y capturar a los caballeros contrarios y luego pedir rescate por ellos. Además, tanto los caballos como las armas de los contendientes podían ser tomados como botín. Con el tiempo, el número de caballeros fue disminuyendo, aunque aumentó la pompa y espectacularidad del festejo.

Al final de la jornada, cuando los jueces ponían fin al combate, las trompetas tocaban retirada y los participantes daban por finalizada su participación. En el festejo que seguía al torneo, se solía entregar el premio al «hombre del torneo», que se concedía al caballero que más se hubiese distinguido combatiendo en la lid. Las recompensas podían ser variadas, pero casi siempre se trataba de caros regalos o joyas.

El otro espectáculo de gran notoriedad en este tiempo eran las justas, que consistían en un combate individual con lanza entre dos caballeros. Ambos debían cabalgar hacia el otro por la parte

izquierda de una pista dividida en dos por una valla de madera y golpear al rival con la lanza. Este espectáculo solía tener lugar antes de que el torneo comenzase, casi siempre el día anterior.

Las justas se regían por sistemas de puntuación más o menos similares en toda Europa y bastante más rígidos que en el caso de los torneos: la máxima puntuación se otorgaba por descabalar al oponente. Romper en la armadura del contrario la lanza era la escala siguiente y golpearlo en el yelmo era la tercera acción premiada.

La técnica necesaria para ser un buen justador era complicada. Se debía controlar muy bien al caballo para asegurarse de que la montura trotase siempre en línea recta con el fin de que no girase hacia adentro o, aún peor, acabase cruzándose del lado del otro justador. Para evitar peligrosos accidentes, en la península ibérica se comenzó a construir una barrera entre los dos justadores denominada «tela», que acabaría por popularizarse en el resto del continente.

Otro aspecto en el que se ponía gran cuidado era en el tamaño y peso de la lanza, pues debía estar perfectamente ajustada a la fuerza del jinete y la capacidad de carga del caballo. Un golpe demasiado bajo o muy alto podía ser enormemente peligroso.

El justador debía, asimismo, recordar diversas cuestiones de suma importancia antes de empezar la carrera: en primer lugar, no debía cerrar los ojos en el momento inmediatamente anterior al impacto ni balancear el asta ni mover el hombro hacia atrás. Debía cabalgar erguido y sujetando las riendas con la mano izquierda. También había de asegurarse de que la lanza tenía el peso y el tamaño apropiados, que el yelmo estuviese recto y que tuviese buena línea de visión. La lanza debía asentarse sobre la palma de la mano, con

las uñas hacia arriba.

Además de a grandes festejos, las justas solían asociarse también a los famosos «pasos de armas», que, nacidos al calor de las novelas sobre los caballeros del rey Arturo o los Doce Pares de Francia, consistían en lo siguiente: un caballero, denominado «mantenedor», hacía voto de permanecer en un determinado lugar hasta haber derrotado a cierto número de contrincantes, llamados «aventureros».

■

«Ir de punta en blanco»

Durante la Edad Media, se diferenciaba entre las armas que se usaban en la guerra, denominadas «de punta en blanco», es decir, que estaban pulidas y afiladas, y las que se utilizaban en los entrenamientos y torneos, sin punta y desafiladas. La referencia al color blanco de la expresión posiblemente se debiera al efecto que produce el acero pulido que reverbera con el sol.

Con el tiempo, «ir de punta en blanco» pasó a denominar al caballero que vestía con el equipo completo de armas y armadura. Este sentido es el que con el tiempo se convirtió en el actual de «vestir de manera elegante».

Este mismo origen tiene la expresión «armas blancas», referida a todos aquellos objetos cortantes o punzantes susceptibles de ser utilizados para agredir.

■

El más famoso de esos pasos de armas fue el del caballero leonés Suero de Quiñones, quien prometió llevar al cuello una argolla de hierro, todos los jueves del año, en prenda de su amor. Para liberarse de tal promesa, fijó un rescate de trescientas lanzas rotas de aquellos caballeros que pretendiesen cruzar el puente del río Órbigo, situado cerca de la ciudad de León, en pleno Camino de Santiago.

La guerra cotidiana

La guerra en la Edad Media era un asunto más de interés que de gloria. Las grandes batallas fueron pocas y con escaso número de bajas, por lo que la imagen que tenemos de esta época como un tiempo cuajado de grandes combates es, en esencia, falsa. No obstante, la guerra desempeñaba un papel importante en la cultura medieval, como veremos a continuación.

Salvo el fenómeno de las cruzadas, los grandes enfrentamientos entre pueblos eran casi inexistentes y la mayor parte de los conflictos armados se producían por rivalidades entre señores feudales o venganzas entre diferentes linajes. La guerra, en esencia, resultaba una actividad económica cuyo fin era la obtención de un botín, con el que los más poderosos podían compensar a aquellos caballeros que los apoyaban militarmente, para los que representaba el pago por su fidelidad presente y futura hacia su señor. De esta forma, podríamos decir que la guerra consistía básicamente en capturar, robar y decomisar todo lo que se pudiese, tanto del enemigo como de sus feudos. En general, solía consistir en una serie de ataques cortos, saqueos, asedio de pequeños castillos, incendios, robos de grano y animales, más que de grandes campañas o batallas decisivas, que fueron realmente escasas.

Este tipo de guerras suele conllevar un notable aumento del bandolerismo y los desórdenes sociales. Tal vez por ello, se intentó limitar esta violencia en la medida de lo posible mediante los movimientos «de paz de Dios» y de «tregua de Dios» impulsados por la Iglesia. En el primer caso, se trataba de proteger a aquellos que no participaban en la contienda, como eclesiásticos, mujeres, niños o comerciantes, así como las iglesias, monasterios y molinos. En el

caso de la «tregua de Dios», prohibía los enfrentamientos en determinados períodos del año, como la Cuaresma, la Pascua, los días que iban desde el viernes hasta el lunes o los días en torno a Navidad. Contravenir estos preceptos solía llevar aparejado castigos como la excomunión.

El vasallo, a cambio de la propiedad entregada, debía al señor lealtad y dicha ligazón se sustanciaba, entre otras cosas, en la ayuda militar. Este apoyo se concretaba de tres maneras: la hueste, la cabalgada y los servicios de defensa. La hueste solo la realizaban aquellos nobles de mayor grado (emperadores, reyes o duques) y consistía en una expedición a larga distancia que solo podía ser convocada una vez al año. El vasallo tenía la obligación de costear su equipo y mantenimiento durante cuarenta días. A partir de ese momento, la obligación recaía en el señor que había hecho la llamada a hueste. La cabalgada era una expedición de saqueo que duraba poco tiempo, una semana normalmente, y tenía como objetivo tanto la obtención de recursos económicos como el debilitamiento del enemigo. En ciertas zonas de la cristiandad, como la península ibérica, estas expediciones resultaban una verdadera actividad económica que se señalaba en el calendario (normalmente durante el mes de mayo, de ahí que se denominasen «ir al mayo», como ya hemos visto en la página 58). Por último, estaban aquellos servicios consistentes en vigilar una fortaleza o un territorio, que debían prestar todos los vasallos, aunque se prefería a aquellos de mayor edad o imposibilitados para las labores guerreras.

A pesar de que, en teoría, todos los varones del reino podían ser reclutados en caso de necesidad, esto raramente se hacía dadas las dificultades para mantener o armar un ejército tan grande. Asimismo, los problemas que se producían a la hora de ponerse de acuerdo con los vasallos con el fin de organizar estas expediciones militares provocaron que, poco a poco, este servicio fuese sustituido por una contribución en metálico que los gobernantes aprovechaban para contratar mercenarios o para mantener las tropas sobre el terreno durante más tiempo. Estos mercenarios se

solían reclutar fuera de los ámbitos nobiliarios y, aunque eran desdeñados y en muchos casos subestimados por los nobles, conformaban unas tropas sumamente efectivas de gente curtida y entrenada para la guerra. Como si se tratase de una materia prima, ciertas regiones de Europa pobres o superpobladas suministraban buena parte de estos efectivos. Así, Aragón, Navarra, Flandes o Gales eran fecundos criaderos de mano de obra mercenaria para la guerra.

En lo que respecta al equipo de combate en la guerra medieval, hay que decir que, además de las muy diversas calidades y tipologías, experimentó notables cambios a lo largo de todo este período. Así, de un equipamiento sencillo, heredero de aquel que portaban las tropas en los últimos siglos del Imperio romano, se fue evolucionando hacia un tipo de guerrero cubierto totalmente de metal. Describiremos a continuación el equipamiento estándar de un caballero que hubiese vivido entre los siglos xii y xiii. No obstante, antes de emprender tan complejo ejercicio, debemos advertir al lector que estos equipamientos podían distar mucho entre sí debido a su alto precio, que provocaba que en la medida de lo posible se conservara y heredara de una generación a otra.

El equipo del caballero solía comprender, en primer lugar, una cota de mallas, es decir, una camisa hecha de anillas de hierro o acero imbricadas unas con otras (podía llegar a pesar hasta 10 kilos) que se apretaba a la cintura por medio de un cinturón y que solía estar abierta en la parte delantera y trasera para facilitar montar a caballo. Asimismo, se solían pintar y el verde era el color que con más frecuencia aparecía en la iconografía. El alto precio de una cota provocaba que muchos caballeros no pudieran permitirse una completa, por lo que debían conformarse con una camisa sin mangas o tan solo con la parte delantera. Bajo la cota de malla y para evitar contusiones producidas por los golpes, se coloca el gambesón, una camisa acolchada, rellena de algodón o estopa. Por encima de la cota de mallas, a partir del siglo xii, se pone el sobreveste, una amplia túnica de lino o seda que suele estar adornada con el escudo del caballero y protege la cota de malla del

sol y de la lluvia.

Otra parte importante del equipamiento es aquella que componen el yelmo y el escudo. En el caso del primero, se pasó de un casco que cubría tan solo la parte superior de la cabeza y la nariz a otro que tapaba todo el cráneo dejando unas aberturas o agujeros en la zona frontal. En lo que respecta al escudo, en un primer momento, en época carolingia, era circular, pero tomó una forma más estilizada, de cometa, en torno al siglo xi, momento en el que, por su elevado tamaño, en torno a 1,5 metros, permitía clavarlo en el suelo y proteger el cuerpo del guerrero. Finalmente, con los avances en las técnicas de construcción de armaduras, los escudos pasaron a ser tan solo adornos en los que se pintaban los blasones de los caballeros. Además, la caballería ligera de zonas como la península ibérica sustituyó el escudo de madera y metal por otro heredado del mundo islámico, la adarga, de cuero cocido, resistente y mucho más ligero.

La espada es, sin duda, el arma por excelencia que asociamos con el período medieval. De hecho, al igual que ocurre con el caballo o el halcón, suelen tener nombre propio. Conocemos algunos asociados al ámbito legendario como las famosas espadas del Cid, Tizona y Colada; la del rey Arturo, Excalibur; la de Carlomagno, Joyeuse, que aparece en el centro de la pintura más famosa en que se retrata a Luis XIV, o la mítica Durandarte de Roldán. La vaina se unía al cinturón por el flanco izquierdo y solía ser de madera cubierta con piel o tela lujosa. Las espadas estaban constituidas por dos partes: la hoja y la empuñadura. Hay que señalar, antes de nada, que a pesar de que el tamaño y la forma tanto de la hoja como de la empuñadura fueron variando a lo largo del tiempo, aquellas que se utilizaban con una sola mano solían pesar unos 2 kilos. En lo que respecta a su uso, hay que señalar que era raro que se empleasen clavándolas con la punta (acometida que solo se llevaba a cabo para destrozar escudos o introducirla por pequeñas aberturas) y que la manera de atacar más habitual eran los tajos en diagonal. La empuñadura está compuesta por la guarda, que protege la mano del que empuña la espada, el mango, que ha de ser una pieza de

madera recubierta por cuero o alambre de acero con objeto de facilitar la sujeción, y el pomo, la parte más vistosa de la empuñadura en la que, en ocasiones, se colocan reliquias.

No obstante, no es la espada, sino la lanza, el arma que realmente definía al caballero. Suele medir en torno a los 3 metros y su peso ronda los 4 o 5 kilos. Se realiza en madera dura que pueda resistir los golpes sin romperse. En la parte delantera se coloca una larga punta afilada con forma de triángulo, rombo o lanceolada, y en la parte posterior del asta se ubica otra pieza de metal puntiaguda de menor tamaño denominada «cuento». La lanza suele emplearse en las cargas de caballería sujetándola bajo el brazo e, igual que en las justas, con el puño colocado con las uñas hacia arriba, tal y como indica la tratadística.

Las armas de los guerreros de a pie eran aún más variadas. Tenemos constancia de armas de asta, como las partesanas, archas, alabardas o los chuzos, que podían hacer de una formación cerrada de infantería un verdadero peligro para la caballería. Por su parte, los guerreros de a pie solían armarse con toda clase de utensilios acordes con su capacidad económica: desde toscos garrotes de madera hasta hachas, como la famosa «danesa», jabalinas o cuchillos, tan temibles en el combate cuerpo a cuerpo.

En lo que refiere a las armas arrojadizas, las más importantes del período son, sin duda, el arco y la ballesta. El primero, que tan famosos hizo a los arqueros galeses durante la guerra de los Cien Años, se confeccionaba a partir de una larga pieza de madera que debía reunir las características de flexibilidad y dureza necesarias. Su longitud era variada y los más largos, como el longbow, podían llegar a medir hasta 2 metros. La ballesta era un arma más compleja que el arco, pues solía estar compuesta de diversas piezas y poseer un mecanismo que cada vez se fue haciendo más complicado a lo largo de los siglos medievales. Disparaba una flecha gruesa y corta denominada «virote» y era un arma de lenta recarga; de hecho, los

ballesteros se solían proteger tras grandes escudos denominados «paveses» durante esta operación. Su precisión y sencillo manejo hicieron de la ballesta un arma devastadora que llegó a estar prohibida por la Iglesia católica.

Otra pieza importantísima del equipamiento guerrero era el caballo y este, por supuesto, es consustancial al caballero. En el período que estamos tratando, este animal ocupa un lugar de privilegio en las estrategias guerreras y como elemento de prestigio. El caballo es el compañero inseparable del héroe en las novelas de caballería y cantares de gesta, en los que se glorifica la guerra medieval. Así, conocemos el nombre de varios de ellos: Babieca se llamaba el del Cid en el Cantar, Tencedor el de Carlomagno o Veillantif el de Roldán.

La tipología de los equinos era muy diferente a la actual. Así, nos encontramos con cierto tipo de caballo denominado «palafrén», que es manso, de poca alzada y era utilizado por las damas y por los señores en los actos públicos. El corcel, a diferencia del anterior, era un caballo de mayor altura y más veloz, al que se entrenaba para la guerra. Muchos de estos llegaron a ser animales bregados en el combate a los que se enseñaba a morder y patear al enemigo. Dado el gran valor de los corceles, se prefería montarlos tan solo durante el combate y realizar los desplazamientos en animales de menor calidad. A diferencia de hoy en día, los especialistas ponían especial cuidado en el color y las marcas del animal, pues pensaban que estas características eran las responsables del temperamento del caballo. De esta forma, se preferían los caballos blancos y negros a los tordos o alazanes y se observaban con atención las marcas como estrellas o figuras en las manchas de la cara.

En cuanto al desarrollo de las batallas, conviene recordar que los medievales consideraban este tipo de enfrentamientos juicios de Dios y aceptar enfrentarse en una suponía asumir el riesgo de jugarse todo a una sola carta. La mecánica de la batalla era sencilla:

los dos ejércitos se alineaban uno frente a otro en algún lugar despejado, formando tres líneas, habitualmente. En la primera se colocaban los infantes armados con lanzas, picas, mazas y garfios. Tras ellos y protegidos por los primeros, se ubicaban los arqueros y los ballesteros, y, por último, la caballería, que se desplegaba por las alas de la infantería, con el fin de romper la formación de la hueste contraria. Pasado el primer choque, comenzaba el caos y los combates singulares. Es en este momento cuando los pendones y banderas eran de mayor utilidad, para evitar la dispersión de los contingentes de cada señor. Añadido a lo anterior, los gritos de guerra también cumplían ese propósito. Estos gritos solían apelar al amparo de un santo patrono que los asistiera: «¡Santiago y cierra España!», «¡Montjoie Saint Denis!», «¡Portugal y São Jorge!», o bien simplemente mencionaban el feudo del que procedían las tropas: «¡Henao el noble!» gritaban las huestes del condado de Henao o «¡Flandes al león!», las que procedían de esta tierra.

■

El routier Merigot

En las devastadoras campañas de la guerra de los Cien Años probaron su valía las compañías de mercenarios, también llamados routiers. Estos personajes prestaban el servicio de armas de manera profesional y su veteranía los convertía en decisivos en el campo de batalla.

Acabada la campaña, se los licenciaba, momento en el que comenzaba la pesadilla para los locales, pues los routiers pasaban a abastecerse sobre el terreno robando y saqueando todo lo que se ponía a su alcance, lo que suponía una verdadera plaga que difícilmente los gobernantes podían mitigar.

Uno de los mercenarios más famosos de este tiempo fue el conocido

como Merigot Marchés. Había peleado en el bando del rey de Inglaterra y, tras su captura, juicio y condena a muerte en 1391, Jean Froissart, el cronista más famoso de este período, le dedicó no pocas páginas. En su obra, el mercenario fantasea rememorando los asaltos a comerciantes que había realizado, los secuestros, la ocupación de fortalezas y el terror que provocaba en los campesinos: «¡Vestíamos como reyes y, cuando cabalgábamos, la tierra temblaba a nuestro paso!». Como si de un pirata se tratase, el mercenario llegó incluso a confesar que había enterrado su tesoro en un lugar junto al río Venves que solo su mujer conocía.

■

Uno de los objetivos principales, al igual que en el torneo, era hacer prisioneros para poder cobrar su rescate. Por ello, lo habitual es que primero se capture y después se regatee y negocie la liberación. En ciertos casos, la simple promesa de pago era suficiente para que el captor liberase a su presa, que se comprometía a desembolsar el precio negociado. Los mejores ejemplos conocidos de este tipo de negociaciones son las capturas de Ricardo Corazón de León por el emperador Enrique VI y de Juan el Bueno, apresado por el príncipe de Gales tras la batalla de Poitiers en 1357. En ambos casos, el enorme precio de sus rescates casi arruinó a sus pagadores.

El monasterio, la catedral y la universidad

En los días de Semana Santa, cualquier curioso que se acercase a una ciudad europea a partir del siglo xii se hubiera encontrado a más de un fraile franciscano caminando apresurado a dar su sermón. Seguramente, intentaría esquivar los charcos de líquidos de dudosa procedencia presentes en las calles, pues tan solo iría calzado con unas rústicas sandalias. La tosca cuerda con tres nudos que ciñe su raído hábito de lana parda a la altura de la cintura se bambolearía mientras el monje camina por entre los callejones. Es en estos días cuando pronunciaban sus mejores sermones. En ellos, como bien se dice en los Cuentos de Canterbury, la atónita multitud con los ojos y la boca muy abiertos por los apasionados gritos del religioso acabaría llorando. Les diría que se arrepintiesen, que falta poco para el fin del mundo, que la Biblia lo señala claramente, que Joaquín de Fiore ya hizo los cálculos. Que en alguna parte gobierna algún personaje (como ocurrió frecuentemente cuando hablaban de Federico II) que es, sin duda, el anticristo. Que no hicieran caso de aquellos que intentaban engañarlos convenciéndolos para que siguieran caminos diferentes de los que marca la santa madre Iglesia como los cátaros o los valdenses. Porque, de seguir esa senda de perdición, acabarían ardiendo en la hoguera de la tierra y, lo que es peor, en las llamas eternas del infierno. Acabado el sermón, si muchos de los asistentes regresaban a sus casas aturridos y otros lo hacían llorando y desesperados, el fraile habría conseguido su objetivo. En el tiempo que este no tan imaginario fraile predica en alguna de las plazas de una ciudad de Occidente, el cristianismo ya ha calado hasta la médula de la sociedad europea. La Iglesia ha tejido un tupido manto que abarca desde las más altas esferas hasta las cuestiones más cotidianas del hombre medieval.

El cabeza de la cristiandad es el papa y, bajo este, abades y obispos administraban el mundo de los regulares, es decir, de aquellos que

vivían conforme a una regla, como ocurría con monjes y frailes, y el de los seglares, los que no habían recibido las órdenes religiosas. Para el cuidado de estos, se construyó un sistema escalonado que, partiendo de arzobispos, obispos, arcedianos, arciprestes y, finalmente, curas, se encargaba de salvaguardar las almas de toda la cristiandad.

Monjes y frailes

En la Edad Media, el número de clérigos era muy elevado. Miles de personas se dedicaban a estas labores y muchas de ellas decidían hacerlo alejándose del mundo y convirtiéndose en monjes o monjas, palabra que proviene del griego monachós, que significa ‘solitario’, y si bien en el período que abordamos buena parte de ellos vivían en comunidades, procuraban que estas estuviesen alejadas del resto del mundo. Estas comunidades de religiosos «solitarios» dedicaban su tiempo a orar por la salvación de la humanidad.

Con el fin de que la vida en común de estos monjes fuese lo menos conflictiva posible, desde antiguo se redactaron reglas como la de san Fructuoso, la de san Isidoro o la de san Agustín. No obstante, la más exitosa en Occidente fue aquella que denominamos «benedictina» y que se asocia a la persona de san Benito de Nursia, creador de la Orden de San Benito, que marcó al resto de las órdenes y se convirtió en el modelo que se debía seguir en toda la cristiandad, y que estaba basada en la máxima rescatada por san Benito del Opus Dei (‘trabajo de Dios’), consistente en el famoso ora et labora, es decir, ‘reza y trabaja’, que marcaba el devenir cotidiano de los monjes de estas colectividades. En el milenio medieval, se fundan numerosas órdenes religiosas. Algunas, como la Cartuja (1084), se caracterizaban por imponer a sus monjes silencio, abstinencia perpetua y frecuentes ayunos. En otras, como la Premonstratense (1119), la vida en común era bastante menos austera.

Un monasterio típico de época medieval se componía de un complejo entramado de edificios de variadas funciones, tal y como se puede observar en el famoso (y en cierta manera idealizado)

plano del monasterio de Saint Gall. El lugar preeminente de estos complejos lo constituía la iglesia abacial, que se orientaba de oriente a poniente, con el altar principal en el extremo este del edificio, por donde nacía el sol, que en las mañanas entraría, como si se tratase de la luz de Dios, por la pequeña ventana que en muchas iglesias se sitúa en esta dirección.

Cerca de este edificio se suele construir una gran sala comunal donde los monjes reposan durante la noche, aunque en ciertos monasterios, como los cartujos, los monjes dormían en celdas individuales. Además, sus características podían variar enormemente dependiendo de la orden, el monasterio y la categoría social del monje. No obstante, el lugar de reposo suele componerse de un jergón colocado sobre una cama de madera y un arcón en el que guardar las pocas pertenencias del monje. Asimismo, este edificio debía estar cerca de la iglesia, pues algunos de los oficios divinos se celebraban de madrugada. Los monjes duermen vestidos con el hábito y tan solo se quitan las sandalias.

En el lado sur de la iglesia, resguardado de los fríos vientos del norte, se ubica el claustro, compuesto por un patio, normalmente cuadrado, donde se disponía un pequeño jardín rodeado por un corredor cubierto en el que los monjes podían caminar y meditar a resguardo de las inclemencias del tiempo.

Otro componente importante del monasterio era el refectorio. Allí, los monjes comían juntos y en silencio mientras uno de ellos realizaba la lectura de algún libro religioso. Antes de entrar, los religiosos lavaban sus manos en el lavatorium, una estructura de piedra, muchas veces adosada a la pared, en la que se había vertido agua previamente. Conforme iban entrando, los hermanos recogían las cucharas y servilletas para comer y se sentaban en unos bancos corridos situados frente a largas mesas. Las comidas solían ser sencillas y escasas, aunque, al igual que ocurría con las celdas, podían variar dependiendo de la austeridad impuesta en cada orden

y de la riqueza del monasterio. Así, por ejemplo, en la Orden Cartuja nunca se consumía carne y, en fechas señaladas, como Adviento y Cuaresma, prescindían también de los lácteos; los viernes, solían mantenerse a base de pan y agua.

Cuando los monjes terminaban pronto su comida, debían permanecer sentados en espera de que todos acabasen. Por ejemplo, en la abadía inglesa de Sawley, a los novicios que terminaban su comida antes que los demás, se los instaba a formar una cruz reuniendo las migas de pan que hubiesen caído en la mesa. Asimismo, estaba prohibido realizar ruidos estridentes o hablar durante los ágapes, por lo que se desarrolló un sistema de signos para poder comunicarse, algunos de los cuales podían llegar a la centena en algunos monasterios. Algunos han llegado hasta nosotros, como, por ejemplo, el necesario para solicitar pan, que consiste en formar un círculo con ambas manos uniendo índices y pulgares; para solicitar miel, con el dedo índice sobre la lengua; los utilizados para dormir, con las dos manos juntas por las palmas a un lado de la mejilla; y para solicitar silencio, colocando el dedo índice delante de la boca cerrada. Cerca del refectorio se solían situar las bodegas y los almacenes, que quedaban bajo la supervisión de un monje designado para tal fin, el cillerero, y las cocinas, donde se preparaban los alimentos de los monjes.

El lugar designado para discutir los asuntos internos del monasterio se denominaba «sala capitular» y recibía ese nombre porque, previo a la discusión, uno de los monjes leía un capítulo de la regla de la orden. Este espacio en ocasiones tenía forma octogonal, quizá para propiciar las buenas y sabias decisiones se intentaba reproducir con ello el templo de Salomón, que los medievales asociaban erróneamente con la Cúpula de la Roca en Jerusalén, que tiene esa configuración.

Buena parte de estos monasterios también poseía bibliotecas, que, como es bien conocido, fueron el lugar donde se resguardó buena

parte de la cultura del mundo antiguo tras la caída del Imperio romano de Occidente. Junto a estas, en un espacio bien iluminado, se ubicaba el scriptorium, donde los monjes se encargaban de copiar de manera paciente y cuidadosa multitud de obras de todo tipo y temática, muchas de las cuales han llegado hasta nosotros en la forma de bellos códices elaborados en pergamino y ricamente adornados con coloridas miniaturas realizadas con pinturas manufacturadas habitualmente por los propios monjes. En lo que refiere a estos pigmentos, tenemos la suerte de conservar algunos recetarios en los que se detallaba la curiosa manera de confeccionarlos: el verde, por ejemplo, se conseguía exponiendo planchas de cobre a los vapores del vinagre e introduciéndolas después en estiércol de caballo; el azul se elaboraba a partir del lapislázuli mediante un complicado proceso, aunque normalmente se importaba de la región de Afganistán; el amarillo se extraía del azafrán mezclado con huevo; y el rojo podía obtenerse del sulfuro de mercurio, también llamado «cinabrio», aunque la fuente más frecuente era un pequeño gusano de ese color que se molía hasta obtener un polvo rojizo. Si a este último se añadía orina fermentada, podía obtenerse un color púrpureo muy apreciado en este tiempo.

Además de los edificios antes mencionados, es frecuente encontrar una enfermería en que los monjes desempeñaban su labor asistencial y de caridad, un granero, una forja, cobertizos y las viviendas de los servidores seculares de la comunidad. Para cuestiones más mundanas, los monasterios solían disponer de unas letrinas, situadas de preferencia junto a algún arroyo o corriente de agua con objeto de que se llevase los desperdicios.

La fama de algunos de estos cenobios era enorme, por lo que fue frecuente que recibiesen gran cantidad de donaciones de los fieles, lo que provocaba que llevar una vida estricta tal y como imponía el voto de pobreza fuese difícil, lo que se conoce como «relajación». Además, desde mediados de la Edad Media, las necesidades de la comunidad de creyentes habían empezado a cambiar. Muchos pensaban que los clérigos eran demasiado ricos y opulentos, y que,

al alejarse del mundo, especialmente de las ciudades, se apartaban también de los problemas que preocupaban a los cristianos. Se hacía necesaria una renovación espiritual que respondiese a esta demanda. De no hacerlo, los riesgos eran evidentes. Así se había podido observar en los votos de pobreza voluntaria, como el de los valdenses, o incluso en movimientos heréticos, por ejemplo, el catarismo. En respuesta a esto, se endurecieron las reglas y nacieron diversas órdenes, de las cuales, las más importantes y conocidas fueron las de los franciscanos y los dominicos, que abandonaron la soledad de los monasterios en pro de una predicación activa y una vida austera en los conventos, y que, a diferencia de los primeros, no se alejaban de la sociedad, sino que, al contrario, se integraban en ella. Estos monjes teóricamente carecían de propiedades y subsistían de la caridad y los recursos obtenidos de la limosna, que a su vez destinaban en buena medida a ayudar a los necesitados. Esta es la razón por la que estos edificios solían estar en entornos urbanos.

En los conventos, al igual que en los monasterios, suele destacar la iglesia o capilla en que los frailes realizaban las oraciones y celebraban la misa. Asimismo, solía haber un refectorio en el que comían los frailes y celdas donde dormían. Otra nueva orden destacable fue la de los mercedarios, que dedicaban su tiempo y esfuerzo a negociar el rescate de cautivos cristianos en tierra de infieles.

A pesar de que, en general, se mantenía la norma de la castidad, fueron frecuentes los lances amorosos dentro de estos espacios y son famosos los casos de conventos femeninos que recibían visitas del exterior de manera regular. De hecho, en los primeros siglos de la Edad Media fueron relativamente habituales los monasterios dúplices, es decir, aquellos en los que cohabitaban monjes y monjas bajo una misma autoridad que, en ciertas ocasiones, era una abadesa.

Vida diaria en un monasterio medieval

El día a día de los monjes durante la Edad Media estaba rigurosamente dividido a partir de las horas canónicas. Se levantaban en torno a las tres de la mañana para el rezo de maitines y cuando estos concluían regresaban a sus lechos para volver a levantarse poco antes del amanecer para el rezo de laudes. Tras este, comenzaba el trabajo.

En torno a las nueve, en la hora tercia, se volvían a reunir para oír misa. Después, los monjes regresaban a sus labores. En torno a la una, la hora sexta, se agrupaban de nuevo para rezar, tras lo cual comían en el refectorio. Posteriormente, los monjes podían descansar o dedicarse a alguna actividad de tiempo libre.

En torno a las tres de la tarde se reunían una vez más para rezar en la hora nona y a las seis de la tarde, aproximadamente, se producía el rezo de vísperas, tras el cual, cenaban y, por último, tras el rezo de completas, los monjes se retiraban a dormir.

Los tiempos se medían durante el día con relojes de sol y durante la noche con cirios que tenían marcada cada hora, o bien con relojes de agua. Por supuesto, las horas canónicas variaban su duración de acuerdo con las horas de luz en cada época del año.

■

El peregrino

Peregrinar es, en general, recorrer un camino para entrar en relación con Dios. El hombre medieval es un homo viator, es decir, alguien que transita para llegar a este fin, como hemos mencionado ya. No obstante, más concretamente se peregrina como penitencia, para penar por algún delito, para lograr la curación de alguna enfermedad, para agradecer que ya se sanó, para lograr descendencia o por la salvación del alma. Es, en definitiva, «orar con los pies». Además, la excusa de la peregrinación también ofrecía la ocasión de viajar, de ir más allá de la tierra de origen y explorar otras lejanas y fascinantes. En todo caso, durante el período medieval, el número de peregrinos era enorme y la mayoría de ellos peregrinaba de manera sincera. Para otros, el objetivo era comerciar y, en muchos casos, robar a quienes recorrían estos caminos.

Por lo general, las gentes del Occidente medieval peregrinaban a los principales lugares de la cristiandad: el Santo Sepulcro de Jerusalén, la tumba de san Pedro en Roma y la de Santiago en Compostela. Además de estos, algunos enclaves con reliquias objeto de especial veneración se convirtieron en destinos importantes como Canterbury, en Inglaterra, donde se guardan los restos de santo Tomás Beckett. Por último, debemos hacer mención a las romerías, el viaje colectivo a una ermita cercana donde se encontraba el santo patrón del lugar.

■

Las reliquias

Las reliquias son los restos corporales de algún hombre o mujer venerados como santos o santas, o bien de objetos que hubiesen estado en contacto con Cristo, la Virgen o alguno de los anteriores. Dada la creencia cristiana en la resurrección de la carne, se pensaba que estos restos se encontraban, de alguna manera, en contacto directo con Dios, que eran como puertas que conducían a la divinidad. De ahí la importancia de tocarlas o besarlas y el hecho de que se realizasen juramentos solemnes colocando la mano sobre ellas.

Poseer una reliquia importante no era un tema menor, pues las más conocidas eran objeto de visita por parte de numerosos peregrinos que dejaban sustanciosas donaciones. Baste como ejemplo de este tipo de reliquias las que se encuentran en la famosa Arca Santa de la catedral de Oviedo: restos de la Santa Cruz, sangre de Cristo, pan de la última cena, un fragmento de la piedra del Santo Sepulcro, restos de la leche de María, de un vestido de la Virgen, de diversos santos, de María Magdalena e, incluso, el conocido como Santo Sudario de Oviedo.

■

Dado que los monjes tenían la obligación de realizar obras de caridad, muchos de los monasterios se convirtieron en lugares de descanso y ayuda de los peregrinos. Estos, en agradecimiento, frecuentemente dejaban importantes donativos.

Estudiantes y universidades

La universidad es una creación medieval: Oxford, Bolonia, Salamanca, Cambridge o Coimbra son ciudades conocidas gracias a estos centros educativos nacidos durante esta época al amparo de la Iglesia. Se trataba, en definitiva, no tanto de instalaciones educativas y edificios como de la asociación de maestros y estudiantes para enseñar y aprender.

La vida cotidiana tanto de estudiantes como de profesores solía quedar regulada a partir de los estatutos y las constituciones de cada universidad, en los que se pueden contemplar los aspectos más variados de la vida universitaria: los mecanismos para alquilar una vivienda, la elección del rector, los salarios de los maestros, las lecturas obligatorias en cada carrera, la manera en que se habían de comprar los libros o la prohibición de portar armas y tener concubina en la universidad. Una de las más mencionadas en los estatutos universitarios es aquella que obligaba a los alumnos a asistir a misa los domingos y fiestas de guardar. En el caso de la Universidad de París, las misas dominicales se oficiaban en la iglesia de los frailes dominicos y las que tenían lugar entre semana, en la de los franciscanos.

■

Las «pecias» y los libros escolares

Invariablemente, los estudiantes han sufrido a lo largo de la historia escasez de recursos y los libros siempre han sido costosos. Además, en la Edad Media su precio era mucho más elevado en comparación

con la situación actual. Por ello, el estudiante adquiría o alquilaba por un tiempo aquellos fragmentos de las obras que necesitaba, una especie de fascículos denominados «pecias», cuadernos de pergamino de baja calidad plegados en cuatro.

Cada cuaderno se copiaba en cadena, independientemente de los consecutivos o los anteriores, a partir de un texto original, el exemplar, que se copiaba lo más fielmente posible. En caso de compilarse todos los cuadernos, podían encuadernarse y obtener así un volumen igual al original.

Los textos originales se entregaban a los libreros para su copia y los alumnos podían revisar listados en los que se indicaban las obras necesarias para cada disciplina, así como su autor, el número de cuadernos o pecias y su precio. Este último suele ser fijado mediante acuerdo por el gremio de libreros con el fin de limitar la competencia.

■

Los modelos de universidad medieval son diversos, aunque el más exitoso fue el de la mencionada Universidad de París, que muchas otras instituciones educativas copiarían con posterioridad. Esta institución se organizaba en cátedras agrupadas en facultades presididas por un decano. Las facultades eran cuatro: Artes Liberales (que servían de iniciación al resto de los estudios), Derecho (en el caso de París, exclusivamente de derecho canónico), Medicina y Teología (sin duda, la disciplina más prestigiosa).

El estudiante comenzaba sus estudios en torno a los catorce años y estos duraban unos seis, momento en el cual realizaba su examen oral y podía obtener el título de bachiller. Si continuaba sus estudios, podía especializarse en Derecho, Medicina o Teología y alcanzar el grado de licenciado tras unos dos años. Por último, el

grado más alto era el de maestro, que demostraba el dominio de una rama del conocimiento universitario. Dado lo complejo de los estudios de Teología (que podían prolongarse por cerca de doce años), se comenzó a denominar «doctores» a aquellos que habían obtenido el grado de maestros en Teología.



Aula universitaria, obra de Laurentius de Voltolina creada hacia la segunda mitad del siglo

xiv

.

En lo que respecta a los costes de la educación, la enseñanza que impartían aquellos maestros pertenecientes a órdenes religiosas era gratuita. Los demás realizaban un contrato con los estudiantes en el que se fijaban sus honorarios. A estos gastos, el alumno debía

añadir los correspondientes a libros y material de escritura, ropa, comida, alojamiento y diversión. Los apuros económicos de los estudiantes se pueden observar en las numerosas cartas que escriben a sus progenitores solicitándoles más dinero. De hecho, hasta tal punto son frecuentes este tipo de misivas que los alumnos pueden usar modelos ya redactados.

■

Los goliardos

Se denominó de esta manera a cierto grupo de personas, generalmente estudiantes pobres y clérigos, que se extendieron por toda Europa al calor de las universidades alrededor del siglo

xiii

. Eran conocidos por llevar una vida de-sordenada y tener como objetivo único disfrutar al máximo de los placeres de la vida mundana. Muchos de ellos escribirían obras en las que criticaban las costumbres de la sociedad de su tiempo, a la Iglesia y al poder establecido, así como poesías en las que cantaban a los placeres del vino, el juego y el amor. Se trataba de composiciones generalmente anónimas y de características muy diversas.

En el mundo hispánico son el origen de tunas y estudiantinas, y se los denominaba en la época «sopistas» por la costumbre de ir de taberna en taberna tocando música a cambio de algo de bebida o la tradicional sopa boba, que se elaboraba con los restos de las comidas del día anterior. Algunos autores consideran al Arcipreste de Hita, autor del famoso Libro del buen amor, un goliardo.

■

Lo cierto es que, si bien algunos disfrutaban de una cómoda posición

económica que les permite costearse incluso criados, la mayoría se mueve en el umbral de la pobreza. En universidades como la de París, el rector llegaba a ejercer un derecho de tasación de los alquileres para garantizar que los precios fuesen asumibles por los estudiantes. Con todo, muchos viven en las calles dedicados a vagabundear y a la picaresca. Para ellos, se crearon fundaciones caritativas en las que se proporcionaba a los estudiantes más pobres alojamiento y comida, como en el famoso colegio Pan y Carbón de Salamanca. Entre las obligaciones de estos becados estaba, por ejemplo, velar a los muertos y portar la cruz y el agua bendita en los entierros, como ocurría con los estudiantes acogidos en el Colegio de los Dieciocho de París.

Conclusiones

A lo largo de las páginas anteriores hemos intentado acercar al lector al mundo de la cotidianidad medieval, mostrando a unos hombres y mujeres cercanos a nosotros, a pesar de sus peculiaridades. Personas que juegan, se enojan, se entristecen, se reúnen a comer con sus seres queridos alrededor de una mesa, gritan con pasión cuando contemplan un torneo, trabajan o se aburren. Así, hemos querido acercarle a la cama donde nacían en medio de riesgos impensables, al día a día de sus labores y hacerle partícipe de los miedos que los invadían en el lecho de muerte.

Para ello, nos hemos adentrado en las humildes casas de los campesinos, en los imponentes castillos de los nobles, en las lujosas mansiones de los mercaderes, en las bulliciosas catedrales y en los silenciosos monasterios. Allí, curioseando entre sus estancias, claustros, pasadizos y galerías, hemos visto lo que comían, cómo amueblaban las habitaciones, dónde almacenaban su comida y sus objetos preciados y de qué manera se protegían del frío y del calor.

Estos seres humanos tan distantes de nosotros en su cercanía han sido los protagonistas de este libro. Los tiempos venideros traerán a un hombre nuevo. Más preocupado por el individuo que por la colectividad. Capaz de razonar y llegar a nuevas conclusiones sobre su mundo y que desprecia un pasado cercano con el que quiere romper. Un hombre de escala global.

Apéndices





Conceptos clave

Personaje

Batalla

Concepto

Escenario

Feudo

Bien, normalmente inmobiliario, entregado a otra persona en usufructo a cambio de su lealtad y con el compromiso de su defensa, administración y mantenimiento.

Ferias

Grandes mercados que se organizaban una vez al año y que solían durar entre quince días y un mes. A estos acudían mercaderes provenientes de toda la cristiandad y su celebración solía estar acompañada de grandes fiestas y diversos espectáculos.

Gótico

Estilo artístico que se desarrolló en Europa entre los siglos xii y xiv. Se caracterizó por una mayor tendencia hacia el naturalismo que los estilos anteriores y, en la arquitectura, por el uso del arco apuntado y los grandes ventanales.

Gremio

Lo que entendemos hoy en día como gremio surge en Francia en el año 1135. En concreto, con el gremio de zapateros de Ruan. La necesidad de organización que exigía el rápido desarrollo económico de los últimos siglos de la Edad Media hizo necesaria la creación de este tipo de agrupaciones cuyo objetivo era la defensa de unos intereses comunes.

Guilda

Asociaciones de mercaderes gestadas con el propósito de proteger sus intereses comerciales y regular los intercambios. Entre las más famosas están los Merchant Adventurers de Inglaterra.

Guillermo de Ockham (c. 1285-1349)

Teólogo franciscano de origen inglés. Es reconocido como uno de los principales pensadores de su tiempo. Se lo conoce principalmente por la famosa «navaja de Ockham», un principio metodológico que afirma que, en igualdad de condiciones, la

explicación más sencilla es la más probable.

Parroquia

Una parroquia es, en esencia, una comunidad de fieles que se reúne cada domingo en la iglesia. Estas colectividades, auténticos microcosmos, constituían la célula fundamental de las comunidades medievales. Había parroquias tanto urbanas como rurales.

San Benito de Nursia (c. 480-c. 543)

Religioso italiano responsable de la fundación de la orden benedictina. Se encargó de redactar una regla monástica en la que se regulaba la cotidianidad de las comunidades monásticas basada en la idea del trabajo y el rezo diarios.

San Francisco de Asís (c. 1181-1226)

Religioso italiano nacido en Asís y fundador de la orden franciscana. Tras una juventud relajada, decidió dedicar su vida a Dios por la vía de la austeridad. Se lo considera el primero en recibir los estigmas de Cristo.

Torre del homenaje

Denominada así por ser el lugar donde se desarrolla la ceremonia del homenaje, verdadero centro simbólico del feudalismo, en la que un vasallo jura fidelidad a un señor por medio de una ritualidad preestablecida.



Vasallos

Hombres libres que se unían por medio de un acuerdo de fidelidad a otro hombre libre. En dicho acuerdo, ambas partes se comprometían a prestarse ayuda y consejo mutuo.

CRONOLOGÍA

■

Occidente

■

409. Paulino, obispo de Nola, inventa el método del molde perdido para la fundición de campanas. La iglesia de Cimitile, en Nola, tendrá «el campanario más antiguo de toda la cristiandad».

532. Se establece el año de nacimiento de Cristo, de acuerdo con los cálculos del monje escita y abad romano Dionisio el Exiguo.

600. Sabiniano, que más tarde sería papa, introduce los toques de campana para indicar las horas del día.

632. Batalla de Poitiers. Carlos Martel derrota a los musulmanes y detiene su avance.

793. Ataque vikingo a Lindisfarne.

800. Los árabes introducen en Europa el sistema decimal de numeración.

800. Coronación de Carlomagno como emperador en Roma.

880. El monje Ratpert de Sankt Gallen, en Suiza, establece el primer taller de pintura de vidrio en una iglesia.

885. Los vikingos atacan París.

900. Llega el papel a Europa, los musulmanes lo llevan a la península ibérica, donde instalaron una importante industria papelera. El papel se obtiene con la ayuda de la fuerza del agua, que acciona martillos mecánicos.

955. Otón derrota a los magiares en la batalla de Lechfeld.

1066. Los normandos invaden Inglaterra.

1075. Con su Dictatus papae, Gregorio VII define el poder del papado.

1088. Se constituye la Universidad de Bolonia.

1095. El papa Urbano II hace el llamamiento a la cruzada en Clermont.

1185. Primera noticia fiable acerca de un molino de viento.

1192. Se establece en Volterra (Italia) la primera fábrica europea de aluminio.

1193. Primera asociación o «gilda» de mercaderes.

1209. Fundación de la orden franciscana.

1232. Llega por primera vez un reloj de engranajes a Alemania regalado por el sultán Saladino al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Federico II.

1271. Borghesano de Bolonia construye el primer aparato que extrae el hilo de seda directamente del capullo y devana sin necesidad de retorcerlo manualmente, lo que automatiza y facilita la producción de seda.

1274. Se publica la Suma teológica de Tomás de Aquino.

1288. Se pone en funcionamiento en Westminster Hall el primer reloj con sonería.

1298. Marco Polo informa acerca de la fabricación de la porcelana en China.

1299. Procedente de Pisa, se extiende por toda Italia el uso de

vidrios, cristales de roca y berilios de talla convexa como lentes.

1310. Dante publica la Divina comedia.

1313. En Alemania, el monje alquimista Bertholdus Niger emplea por primera vez la pólvora como explosivo en las armas de fuego.

1318. El italiano Pietro Vesconte dibuja la primera carta marina fechada.

1337. Comienzo de la guerra de los Cien Años.

1343. El filósofo, matemático y astrónomo judío Levi ben Gerson inventa la ballestilla, utilizada durante toda la Edad Media como instrumento de orientación en el mar.

1347. Llegada de la peste negra a Europa.

1376. Nicholas Bataille elabora en Arras, entre los años 1376 y 1379, el Tapiz de Angres, el más grande jamás tejido, de 156 metros de ancho por 6 de largo.

1402. Los hermanos Hubert y Jan van Eyck consiguen perfeccionar la técnica del óleo de manera muy eficaz, mediante la adición de laca; confieren así mayor luminosidad a los colores y más durabilidad a los cuadros.

1450. Johannes Gutenberg presenta públicamente su invento de la imprenta.

1453. Caída de Constantinopla a manos de los turcos.

1453. Fin de la guerra de los Cien Años con la batalla de Castillon.

1471. Bernhard Walther, originario de Núremberg, funda el primer observatorio de la Europa cristiana.

1475. Johannes Müller publica nuevas tablas astronómicas que sustituyen a las del siglo xiii y que serán empleadas por Cristóbal Colón y Vasco de Gama.

1492. Llegada de Colón a la isla de Guanahaní, en las Bahamas.

■

Mundo

■

500. El astrónomo indio Aryabhata escribe un manual que incluye ideas innovadoras como la rotación de la Tierra y los epiciclos.

537. Finaliza la construcción de la iglesia de Santa Sofía de

Constantinopla, obra de los arquitectos Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, realizada por encargo de Justiniano, emperador de Bizancio.

556. El emperador de Bizancio Justiniano intenta conseguir en Grecia la cría de los gusanos de seda y ordena plantar grandes extensiones de morera en todo el Peloponeso.

600. Destrucción de la ciudad de Teotihuacán en el actual México.

617. En el transcurso de la dinastía Tang se inventa en China la porcelana a partir de una mezcla de caolín, feldespato y cuarzo, sometida a fusión y cocción. En Europa se intenta en vano obtener porcelana.

622. Huida de Mahoma a Medina y comienzo del calendario islámico.

678. El arquitecto e ingeniero griego Calínico de Heliópolis inventa un arma conocida como «fuego griego», una sustancia incendiaria que arde al entrar en contacto con el agua y que tuvo una repercusión enorme en la lucha de Bizancio contra los árabes.

691. En Jerusalén se erige la mezquita de Omar o Cúpula de la Roca.

844. La numeración romana es sustituida por la india o «posicional», que introduce el uso del cero. Estos conocimientos

llegan a la península ibérica a través del matemático persa al-Khwarizmi.

868. En China aparece el libro impreso más antiguo del mundo, un sutra budista con ilustraciones.

900. Los árabes inventan el sistema de formación de imágenes llamado «cámara oscura», que les permite observar eclipses, manchas solares e incluso algunas formaciones en la superficie de la Luna.

907. Finaliza la dinastía Tang en China con la deposición del emperador Ai.

960. Comienza la dinastía Song en China.

1025. El persa Avicena escribe su Canon de la medicina.

1038. El árabe Alhazén utiliza por primera vez segmentos esféricos como lentes de aumento y formula la idea de que en la visión, la fuente de luz no es el ojo, sino los rayos de luz procedentes de los objetos.

1040. El chino Pi Cheng inventa los caracteres móviles para la imprenta.

1054. Los chinos observan la explosión de la supernova que dio

lugar a la nebulosa del Cangrejo situada a 4000 años luz de nuestro sistema solar.

1206. Gengis Kan es elegido Gran Kan de los mongoles.

1232. Invención china de la pólvora y otras mezclas explosivas.

1368. Fin de la dinastía Yuan en China.

1370. Comienzo del reinado de Tamerlán.

1420. El jefe mongol Ulugh Beg ordena la construcción de un observatorio astronómico en Samarcanda.

1428. Nacimiento del Imperio mexica.

1438. Los incas construyen una carretera de más de 5000 kilómetros de longitud.

1450. Los incas construyen observatorios astronómicos en Cuzco.

Sobre el autor

Rubén Andrés Martín

Nacido en Salamanca en 1980, Rubén Andrés Martín es profesor de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Anáhuac, instituciones en las que imparte las materias de Historia de España Medieval, Historia de la Cultura en España y América e Historia de Europa Medieval. Es doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, con máster en Técnicas Avanzadas de Investigación Histórica con especialidad en historia medieval por la UNED y licenciado en Historia por la Universidad de Salamanca. Ha dictado conferencias y leído ponencias en diversos foros nacionales e internacionales y ha publicado artículos en numerosas revistas y obras especializadas. Asimismo, es miembro del Comité Académico del Seminario de Estudios Históricos sobre la Edad Media del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Tabla de contenidos

Introducción

La Edad Media: panorama general

Castillos y señores feudales

El camino hacia el final de la Edad Media

La vida de las personas en la Edad Media

~ Siglos xi-xv ~

Las edades del hombre

El hombre con la mujer

La familia

Sentados a la mesa

La enfermedad y la muerte

El arte de morir

La aldea: vivir en el campo

~ Siglos xi-xv ~

La vivienda en la aldea

El dominio de la tierra

El hombre y los animales

La parroquia

Vivir en la ciudad

~ Siglos xiii-xv ~

La casa en la ciudad

El círculo familiar

La tienda y el taller

La catedral, proyección de la ciudad hacia los cielos

Mala vida y violencia en los callejones de la gran ciudad

Delitos y castigos

El castillo y el palacio del señor

~ Siglos xi-xiv ~

La vivienda del señor

El linaje

Servidores y cortesanos

Caballeros, justas y torneos

La guerra cotidiana

El monasterio, la catedral y la universidad

Monjes y frailes

El peregrino

Estudiantes y universidades

Conclusiones

Apéndices

Sobre el autor

